

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
CONSEJO DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
ESTUDIOS DE POSTGRADO EN FILOSOFÍA
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA

LA VISIÓN DEL MAL EN PLATÓN:
UNA APROXIMACIÓN SOBRE LA BASE DE DIALOGOS
REPRESENTATIVOS

Trabajo de grado presentado como requisito parcial para optar al Grado de
Magíster en Filosofía.

Autor: Esp. Miguel A. Araujo R.

Tutor: Dr. Carlos A. Mattera P.

Mérida, Agosto del 2024

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
CONSEJO DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
ESTUDIOS DE POSTGRADO EN FILOSOFÍA
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA

LA VISIÓN DEL MAL EN PLATÓN:
UNA APROXIMACIÓN SOBRE LA BASE DE DIALOGOS
REPRESENTATIVOS

Autor: Esp. Miguel A. Araujo R.

Tutor: Dr. Carlos A. Mattera P.

Mérida, Agosto del 2024

C.C.Reconocimiento

DEDICATORIA

A mi esposa e hijos; Mariana, Sarah, Susan y Samuel.

A mis padres y hermanos; Máximo, Clory, Marco y Mariana.

A todos los hermanos en la Fe que han vencido con el bien el mal.

A todos ustedes les dedico el presente.

“Gracia y paz sean a vosotros, de Dios el Padre y de nuestro Señor Jesucristo”...

Bdigital.ula.ve

Miguel Angel Araujo Rivas

RECONOCIMIENTOS

En esta oportunidad me es grato expresar un sincero reconocimiento a las personas vinculadas de una u otra forma con la investigación “La visión del mal en Platón: Una aproximación sobre la base de diálogos representativos”.

Quisiera expresar mi gratitud al profesor Carlos Mattera, que con amabilidad y lucidez estuvo presto a guiarme en este proyecto académico; sus aportes, observaciones, conversaciones y el tiempo dedicado en todo el proceso han sido especialmente significativos y de gran agrado.

De igual manera agradezco a los profesores de la maestría y del doctorado en filosofía de la ULA: Miguel, Mauricio, Freddy, Gerardo, Francisco, Jorge, Andreina, Leonardo, Don Rodrigo, Arelys,....que a pesar de los obstáculos que les ha supuesto el mal, han contribuido desde sus cualidades personales y filosóficas con el gusto, aprendizaje, la confrontación y sorpresa que han suscitado en mí los temas filosóficos.

Les agradezco por su contribución particular.

ÍNDICE GENERAL

	pp.
DEDICATORIA.....	III
RECONOCIMIENTOS.....	IV
LISTA DE ABREVIATURAS.....	VIII
RESUMEN.....	IX
INTRODUCCIÓN.....	1
CAPÍTULO	
I CARACTERÍSTICAS Y CONSECUENCIAS DE LA PRESENCIA DEL MAL EN EL HOMBRE	7
Semejanza del Mal.....	7
El Mal Extremo es Infrecuente.....	8
El Mal en el Hombre Produce Daño e Incapacidad para el Buen Desempeño...	9
La Capacidad del Alma de Hacer el Mal	11
II EL ALMA, SU NATURALEZA Y SU VINCULACIÓN CON EL MAL.....	12
¿Cuál es la Naturaleza del Alma?.....	12
El Alma como Principio.....	13
Lo Más Bello del Hombre es el Alma.....	14
Las Fuerzas Dentro del Alma.....	15
La Intemperancia, los Placeres y el Mal.....	17
Consecuencias de que el Mal gobierne en el Hombre.....	19
El Alma con Ciencia Debe Gobernar en el Hombre.....	21

	El Mayor Mal se Encuentra en el Alma y Produce el Mayor Daño.....	22
III	LA INJUSTICIA ES UN MAL DEL ALMA.....	24
	¿Cuál es la Importancia de Cometer Injusticia?.....	24
	¿Por qué es Atractivo Cometer Injusticias?.....	26
	¿Cuál es la Consecuencia de la Injusticia yCuál es su Relación con la Ignorancia?	26
	Los Beneficios de Ser Justo.....	29
	El beneficio de Castigar al Injusto.....	31
IV	LA POLÍTICA, LA LEY Y EL MAL.....	33
	¿Hacia qué Debe Apuntar un Sistema Político?.....	33
	El Orden Dentro del Estado.....	35
	Las Leyes y el Mal.....	36
	La Ley y los Infortunios.....	39
	Los Poetas y el Mal.....	39
V	EL CUERPO Y LA FILOSOFÍA, LO BUENO Y LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE	42
	El Cuerpo Como un Mal, la Filosofía y el Alma Como un Bien.....	42
	Hacer lo Bueno (Bien) es Ser Semejante a lo Divino.....	44
	Hacer lo Bueno es un Deber Filosófico.....	45
	Hacer el Bien Tiene Beneficios Aún Después de la Muerte.....	47
	El Mal Tiene Consecuencias Negativas Después de la Muerte.....	48
VI	LA EDUCACIÓN CONTRA EL MAL.....	51
	¿Hacia qué Debe Apuntar la Educación?	51

¿De qué Debe Ocuparse la Educación?.....	52
La Educación Temprana como Simulacro Hacia el Bien.....	54
Por Medio de la Educación se Ejercitan y se Vencen los Temores	56
VII CONCLUSIONES.....	58
Capítulo I: Características Y Consecuencias De La Presencia Del Mal En El Hombre.....	58
Capítulo II: El Alma, Su Naturaleza Y Su Vinculación Con El Mal.....	59
Capítulo III: La Injusticia Es Un Mal Del Alma.....	62
Capítulo IV: La Política, La Ley Y El Mal.....	65
Capítulo V: El Cuerpo Y La Filosofía, Lo Bueno Y La Vida Después De La Muerte	68
Capítulo VI: La Educación Contra El Mal.	71
REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS.....	75

LISTA DE ABREVIATURAS

Apol. = Apología

Crit. = Critón

Ep. = Carta

Gorg. = Gorgias

Hipp. mai. = Hippias mayor

Hipp. min. = Hippias menor

Legg. = Leyes

Ly. = Lisis

Phaed. = Fedón

Phaedr. = Fedro

Pol. = República

Polít. = Político

Prot. = Protágoras

Soph. = Sofista

Smp. = Banquete

Tim. = Timeo

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
CONSEJO DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
ESTUDIOS DE POSTGRADO EN FILOSOFÍA
Maestría en Filosofía

**LA VISIÓN DEL MAL EN PLATÓN: UNA APROXIMACIÓN SOBRE LA BASE DE
DIALOGOS REPRESENTATIVOS.**

Autor: Esp. Miguel Araujo

Tutor: Dr. Carlos Mattera

Fecha: Agosto 2024

RESUMEN

El mal en el hombre ha sido abordado como tema filosófico desde la antigüedad, el cual se ha manifestado en escritos filosóficos, expresiones artísticas, discusiones y en sistemas de creencias morales/religiosas. A pesar de los cientos de años de desarrollo de las ciencias, el mal no se ha suprimido, dado que aún se manifiesta violentamente en guerras, sufrimientos y conflictos sociales permanentes. El mal en el hombre no es definido como algo universal, objetivo, preciso y claro, lo cual ha dado pie a concepciones variadas, influenciadas por múltiples factores. El presente estudio tuvo el propósito de indagar sobre la visión que Platón tuvo del mal, las asociaciones expuestas a través de sus diálogos y escritos representativos del tema, a fin de apreciar su filosofía del mal. Al mismo tiempo se exploraron las acciones que el filósofo propuso para contrarrestarlo. Se realizó una investigación bibliográfica y dado que el discurso platónico tomó principalmente la forma de diálogos, se aplicó el método hermenéutico o paradigma interpretativo. Se halló que Platón vinculó el mal con otros temas o conceptos, lo cual expresó en porciones dispersas de sus obras. No obstante, la visión platónica del mal fue condensada a través de seis capítulos que recogen las indagaciones y asociaciones encontradas. Como conclusión, se sintetizó cada tema vinculado con el mal que se halló y abordó. Los títulos de los capítulos fueron: I Características y consecuencias de la presencia del mal en el hombre; II El alma, su naturaleza y su vinculación con el mal; III La injusticia es un mal del alma; IV La política, la ley y el mal; V El cuerpo y la filosofía, lo bueno y la vida después de la muerte; VI La educación contra el mal.

Palabras clave: El Mal. Diálogos de Platón. Filosofía del mal.

INTRODUCCIÓN

El estudio del mal tiene múltiples formas de abordaje. En el campo de la filosofía, el mal en el hombre se puede estudiar bajo una vertiente metafísica y/o física, a pesar de ello, su vínculo es difícil de separar. El mal ha sido abordado como tema filosófico desde la antigüedad, en tanto que sus asociaciones y consecuencias han estado continuamente presentes en el hombre, las cuales se han manifestado en escritos filosóficos, expresiones artísticas, discusiones o debates, además de estar enraizado en sistemas de creencias religiosas/morales antiguas y modernas. Así pues, la problemática del mal en el hombre sigue vigente.

A pesar de los cientos de años del desarrollo de las ciencias sociales o las básicas y aplicadas de los últimos siglos, no ha sido posible suprimir el mal en el hombre, el cual se ha expresado violentamente en multitud de guerras, homicidios, violaciones, sufrimientos, rencillas, robos, engaños, conflictos sociales permanentes y odios unos con otros. Ello puede sugerir que el hombre se inclina al mal o está arraigado en él, es decir, en su naturaleza interna o mente y que está vinculado con aspectos cognitivos, emocionales y morales/espirituales, los cuales se manifiestan a través de su conducta. De este modo, ni el avance científico técnico, que ha brindado beneficios en diversas áreas (ej., salud, comunicaciones, infraestructura, transporte, comodidades...), ni el de las ciencias sociales, han logrado erradicar el mal en el hombre.

No hay un acuerdo unánime sobre el mal en el hombre, pues no es definido como algo universal, objetivo, preciso y claro. Lo que se puede considerar mal en un lugar (o país), época y contexto dado, puede estar bien (o no ser malo) en otro, en función de creencias religiosas, costumbres, cosmovisiones, actitudes predominantes o contextos económicos, sociales y políticos particulares. La valoración relativa del mal influye en su concepción; lo que algunos consideran mal, es bien para otros y al mismo tiempo, otros pueden considerarlo como algo neutro o un intermedio entre el bien y el mal. De allí las concepciones individuales y colectivas del mal, que son influenciadas por múltiples factores, como la política, cultura, religión, educación, edad, experiencia, el contexto e interés personal, entre otros.

Aunque bajo la dimensión moral aún se debate si el mal es absoluto, relativo o ilusorio, en líneas generales, el mal conlleva una carga emocional, un valor moral/espiritual, intelectual y práctico, que deriva en consecuencias nocivas, destructivas, perjudiciales o negativas, aunque no siempre sea el caso.

Definición del Problema

El mal se puede percibir en diversas conductas o manifestaciones humanas de gran impacto; en guerras, genocidios, arte, violencia, homicidios, violaciones, mutilaciones, ataques terroristas, sufrimientos, torturas, dolores, desprecios, discriminación, odios, rencores, actos de agresión, todo lo cual ha sido recurrente a lo largo de la historia humana. Pero aunado a esto, el problema del mal humano tiene repercusiones en variadas situaciones de la cotidianidad y de la vida en sociedad. Esto ha estado reflejado en las tensiones políticas y sociales, en expresiones artísticas como en la pintura, música, literatura y el cine, además, en el campo científico se ha estudiado desde el punto de vista psicológico, sociológico, religioso, económico, político, criminológico, jurídico, antropológico e histórico.

Una definición universal del mal no ha sido aceptada, por ende, existen diversas connotaciones según la perspectiva y el enfoque del que trate de reflexionar sobre el tema. En cualquier caso, el mal es uno de los temas filosóficos discutidos a través de diversas épocas y en su abordaje se pueden advertir algunas inquietudes expresadas como preguntas:

¿A qué es semejante? ¿Dónde se haya? ¿Qué lo propicia? ¿Qué consecuencias acarrea para el hombre? ¿Qué se debe hacer para evitarlo o mitigarlo?

Es, pues, un tema con diversas interrogantes, pero sin respuestas universales ni absolutas. No obstante, estas interrogantes serán abordadas en la presente investigación.

En filosofía, el problema del mal en el hombre se ha examinado considerándolo como: una privación o carencia del bien (ej., del ser o de algo determinado); una realidad (metafísica y/o divina) o una negación de ella, que se refleja en lo físico (ej., aflicción o dolor), lo moral (ej., valor negativo o pecado) o en ambas. Del mismo

modo, como algo objetivo o subjetivo, absoluto o relativo, abstracto o concreto, también, exclusivamente como parte de la reflexión del hombre en su dimensión moral o moral-religiosa.

A pesar de que en el siglo pasado (XX), hubo una mayor masificación de personas que realizaron estudios superiores ciencias sociales como en filosofía, historia, letras, artes o en cualquier otra ciencia; y a pesar de que millones de personas pertenecieron a religiones o creencias vinculadas con el bien; a pesar de que la pobreza disminuyó y los avances científicos-tecnológicos favorecieron el bienestar social, a pesar de todo ello, no se detuvo ni se evitó la violencia generalizada. De hecho, el siglo pasado fue el más agresivo, violento y sangriento, contabilizando dos guerras mundiales y recurrentes conflictos armados.

Como se puede apreciar, diferentes ideas pueden existir en torno al mal, pero hay situaciones o eventos de gran impacto y magnitud en las que se puede apreciar con mayor claridad su manifestación, percibir sus consecuencias y homogeneizar algunas ideas.

Bdigital.ula.ve

Examinar un gran mal para extraer sus generalidades.

Para ilustrar lo anterior podemos considerar y tomar como ejemplo un suceso de impacto mundial, como El Holocausto (*Shoá*), llevado a cabo durante la Segunda Guerra Mundial, a fin de que algunas ideas concernientes al mal humano se pueden reconocer y concertar.

Hoy se puede concertar que el mal fue manifestado principalmente, en la figura de Adolf Hitler y sus partidarios, especialmente por los miembros del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán (NAZI) que tuvieron posiciones de autoridad en el gobierno y que perpetraron el exterminio de los judíos. Si bien, no sólo fueron los judíos los llevados a los campos de concentración o exterminio, constituyeron la mayor parte de los exterminados.

Las maldades llevadas a cabo en este contexto, como la deshumanización, la falta de empatía, el rechazo y menosprecio racial, la obediencia generalizada a las órdenes (de Estado) criminales por parte de los perpetradores del genocidio, la falta de

reflexión y oposición, nos puede llevar a afirmar que estos genocidas fueron diferentes al resto de los hombres “normales”. Pero si escarbamos más, ésta idea puede ser cuestionada pues: *¿Acaso eran diferentes a otras personas de la misma época o de la actual? ¿Cuáles fueron las “características malvadas” de estos hombres que causaron el mal hacia los judíos?*

Una respuesta poco alentadora es que en realidad no eran diferentes que los demás, sino que en efecto, eran similares a todos los hombres de las distintas épocas y que además, en todos se encuentra el potencial de cometer maldades similares. Con esta idea presente, aludiendo una normalidad y similitud de todos los hombres de las distintas épocas *¿Por qué aquellos cometieron atrocidades que otros hombres “normales” creen que no cometerían jamás?*

Por tanto, debemos enfrentar una idea que puede ser inaceptable, incómoda o desagradable, que: *en determinado contexto o circunstancia social-política, nos podríamos comportar igualmente a los perpetradores del exterminio judío.*

Si bien esto puede sonar como algo lejano, podríamos tomar actitudes de superioridad, hostilidad, rechazo, violencia, contra minorías, grupos raciales, individuos con nacionalidades diferentes o creencias diferentes, sin que éstos hayan llevado a cabo acciones delictivas o punibles, siempre que ciertas situaciones contextuales sean propicias para la manifestación del mal. Del mismo modo, se puede tomar una actitud neutral, pasiva o de indiferencia ante la injusticia y el sufrimiento de otros, propiciado por individuos que detentan algún poder (ej., político, económico, militar...).

Considerando las ideas anteriores, la presencia del mal en el hombre plantea varias generalidades:

- *El mal tiene implícito efectos negativos, no provechosos, perjudiciales o dañinos para uno o muchos individuos;*
- *El mal que se sufre o se hace, impacta negativamente al entorno (ej., Estados, instituciones, familia, amigos, individuos) en el cual se manifiesta.*
- *El mal que se hace a otros, no sólo perjudica a otros, sino a sí mismo;*
- *Hay individuos que cometen maldades en contra de sí mismos y de otros.*

Solución del mal

Sumado al problema del mal en el hombre, ha existido la inquietud sobre qué se puede o debe hacerse con respecto a la presencia y manifestación del mal en el hombre y en su entorno, en cuanto a actitudes, acciones o medidas (individuales o colectivas) que mitiguen, eviten o contrarresten el mal. Por ejemplo, llevar a cabo acciones sociales de índole educativa, jurídica o socio-económica, que promuevan el acceso a servicios y bienes esenciales que busquen disminuir la pobreza y condiciones sociales desfavorables. Si bien esto no parece haber sido suficiente.

De la misma forma se pueden asumir diversas conductas hacia el mal; si el mal se vincula con las pasiones propias y se asume responsabilidad por ello, podría implicar una exigencia personal de dominio propio o de las pasiones para suprimir el mal. Otra alternativa es optar por la indiferencia ante el mal propio o ajeno, como también asumir una conducta neutra o ascética/mística. También, en un contexto determinado se pudieran tomar conductas y acciones calificadas como malas, por conveniencia y por algún provecho personal.

Enfoque de la investigación

Es bajo la visión platónica que yace la presente investigación, explorando la visión del mal y sus asociaciones. Platón ha sido uno de los filósofos más influyentes del mundo, sus ideas han permanecido vigentes a lo largo de la historia de la filosofía y se han mantenido pese a los más de dos mil años de distancia de sus escritos. Esta vigencia ha perdurado en parte, porque las indagaciones que hizo, reflejadas en sus diálogos y cartas, siguen presentes en la cotidianidad, impactando e incidiendo en la concepción (o idea) de la realidad que percibe el hombre, como en la concepción del bien y del mal. Igualmente, esas indagaciones han influido en las ideas que el hombre ha tenido de él mismo, de otros y de todo, repercutiendo en su desenvolvimiento cotidiano.

Platón expuso su filosofía en forma escrita principalmente a través de sus famosos diálogos, en los cuales plasmó sus ideas, por medio de conversaciones e interrogaciones de sus personajes, particularmente en boca del personaje de Sócrates-.

Pero una exposición detallada del mal no fue expresada en un sólo dialogo, sino que fragmentos de conversaciones entre los personajes, reflejaron sus ideas. De allí emerge la intención de esclarecer las ideas y asociaciones del mal en los diálogos de Platón e integrarlas para vislumbrar su filosofía del mal.

El presente estudio discurrió sobre la visión platónica del mal, se indagó sobre las ideas asociadas al mal, se analizaron, integraron, interpretaron para así poder alcanzar esa visión. Por lo cual, el propósito de la investigación fue exponer la visión del mal en Platón y además, las acciones propuestas que éste filósofo sugirió para contrarrestarlo. En base a lo expresado, se realizó una investigación bibliográfica y hermenéutica de los escritos de Platón. Como su filosofía tomó la forma de diálogos principalmente, su discurso filosófico no fue monográfico o descriptivo, así, el tema que nos ocupa fue estudiado y recabado de diferentes porciones de sus diálogos, lo cual ameritó de análisis, interpretación y reflexión.

Por lo anterior, el objetivo general de la investigación fue presentar la visión del mal que Platón expuso en escritos representativos del tema. Se seleccionaron los diálogos y cartas en las que se abordó el problema del mal y se analizaron las ideas asociadas, junto a las acciones propuestas por Platón para contrarrestar el mal. Se presentaron los hallazgos de la investigación de forma coherente. Por lo cual, el presente estudio está formalmente dividido en los siguientes capítulos:

- I Características y consecuencias de la presencia del mal en el hombre.
- II El alma, su naturaleza y su vinculación con el mal.
- III La injusticia es un mal del alma.
- IV La política, la ley y el mal.
- V El cuerpo y la filosofía, lo bueno y la vida después de la muerte.
- VI La educación contra el mal.
- VII Conclusiones.

CAPITULO I

CARACTERÍSTICAS Y CONSECUENCIAS DE LA PRESENCIA DEL MAL EN EL HOMBRE

Semejanza del Mal

En la República se puede apreciar que el mal es algo parecido a la injusticia, la enfermedad, la fealdad y la flaqueza o debilidad, por el contrario, la virtud es parecida a la justicia, salud, la belleza y la buena disposición del ánimo (Pol. IV 444e). “La virtud... alcanzará el conocimiento simultaneo de sí misma y de la maldad”, “el sabio será el hombre virtuoso y no el malvado” (Pol. III 409d-e. pg. 188). De este modo, se puede afirmar que el malo es ignorante, puesto que no conocerá que es malo (a sí mismo) ni tampoco a la virtud, a diferencia del hombre bueno y sabio, que conocerá tanto la virtud como la maldad; por ejemplo, un hombre que practique injusticias pasa ante los demás y ante sí mismo más como astuto y sabio que como ignorante, pero esto sólo ocurre con gente similar a él (que son con los que mayormente frecuenta) y que lo pueden considerar hábil y precavido, dado que atiende a patrones internos que se encuentran en él. Sin embargo, al relacionarse con gente buena, resulta estúpido e incapaz de reconocer lo bueno, pues no halla en él patrones que lo guíen (Pol. III 409d-e).

Es un mal engañarse en relación a la verdad (Pol. III 413a). La maldad es ignorante y el ignorante es inferior al sabio, como el cobarde al valiente (Phaedr. 239a), así, los cobardes e insensatos son malos, pero los sensatos y valientes son buenos (Gorg. 498c; 499a). La insensatez y la locura se pueden comparar a un vacío del alma, que se llena con la razón (Pol. IX 585b). Ahora, los que están llenos de ignorancia, es decir, los malos y los necios, no buscan la sabiduría (Ly. 218a), pues el ignorante, que no cree estar necesitado, tampoco desea lo que no cree necesitar (Smp. 204a). No obstante, aquellos que tienen este mal, la ignorancia, que no por ello son

insensatos ni necios, sino que se encuentran en un término medio entre el saber y la ignorancia, como el filósofo, se dan cuenta de que no saben lo que no saben, estos, que no son ni buenos ni malos, son los que buscan el saber, pues todos los que son malos no buscan el saber, ni tampoco los buenos (ej., los que ya saben, los sabios o los dioses que ya poseen la sabiduría), porque ni lo opuesto es amigo de lo opuesto, ni lo semejante de lo semejante (Smp. 203e; Ly. 218a-b; Phaedr. 278d).

Pero los semejantes que son buenos, sí son amigos de sus semejantes, a diferencia de los semejantes malvados; pues cuanto más cerca está un malvado de otro y más se frecuentan, tanto más enemigos llegarán a ser, porque ofenden y así es imposible que los que ofenden y los ofendidos puedan ser amigos (Ly. 214b-c). Los verdaderos amigos son los hombres de bien (Ly. 214e, 222d), pero los malos no pueden ser amigos de los buenos (Ly. 217c, 218a).

Entonces, decir que lo semejante es amigo de lo semejante equivale a decir que sólo el bueno es amigo del bueno, y que el malo es incapaz de una verdadera amistad, ni con el bueno ni con el malo (Ly. 214d). Los hombres buenos son semejantes entre sí y amigos, pero los malos nunca son semejantes, ni siquiera con ellos mismos, sino mudables e inestables, y lo que es desemejante de sí mismo, difícilmente llegaría a ser semejante a otro, ni sea amigo suyo (Ly. 214e).

El Mal Extremo es Infrecuente

Si hubiese un concurso de maldad, muy pocos pudieran obtener el primer premio (Phaedo. 90b), pues los extremos son muy poco frecuentes, pero los que ocupan un término medio son más numerosos, como sucede con las cosas muy grandes o muy pequeñas, rápidas o lentas, bellas o feas, blancas o negras, como resultado, es raro encontrar a cualquier ser (ej., hombre) muy grande o muy pequeño, de manera que en todas las cosas los extremos son raros y pocos, mientras los del medio son muchos y comunes (Phaedo. 90a).

Sin embargo, Platón ha elogiado el término medio en ciertos casos, como lo más armonioso y mejor, así, el extremo de la pobreza y la riqueza son causas de males; dado que una produce un pésimo ejemplo y calidad en las obras artesanales, lisonja,

esclavitud, servilismo (bajeza) y maldad, y la otra pereza, enemistades, negligencia y afán de novedades (Pol. IV 421d-e; 422a; Legg. V 729a). Por ejemplo, un alfarero pobre no tendrá las herramientas o lo necesario para fabricar las cosas de buena calidad, por tanto, las hará de mala calidad y si así enseña a sus hijos, formando malos artesanos y un alfarero rico se tornará perezoso y negligente, de manera que ambos extremos son causas de malas obras artesanales y de malos artesanos (Pol. IV 421d-e; 422a).

Si los hombres llevan estilos de vida excesivos y dilapidan sus bienes, con banquetes excesivos o placeres amorosos, no podrán llegar a ser sensatos, ni prudentes y una ciudad en la que sus habitantes tengan ese comportamiento, tendrá gobiernos tiránicos, oligárquicos o democráticos (que son formas defectuosas de gobierno que contrastan con la monarquía, aristocracia y república constitucional (Polit. 291d-e, 302b-e) y no un régimen político justo e igualitario (Ep. VII 326c-d).

También con respecto al cuerpo y atendiendo a que “todo lo bueno es bello y lo bello no es desmesurado” (Tim. 87c, pg. 254) y teniendo presente el exceso y el defecto, entonces bajo estas ideas no son valiosas las cualidades de belleza, fuerza, rapidez, grandeza y aún la salud, ni lo contrario a estas cualidades, sino que las intermedias del continuo de estados corporales, pues son las más prudentes y seguras, dado que el exceso hace a las almas insolentes y osadas, y el defecto las hace humildes y serviles, así, al igual que con las riquezas y propiedades, su exceso ocasiona enemistades en las ciudades y en la vida privada, y la deficiencia generalmente esclavitud (Legg. V 728d-e, 729a).

El Mal en el Hombre Produce Daño e Incapacidad Para el Buen Desempeño

Un hombre malvado vive mal (Gorg. 512b). “Todo lo que corrompe y destruye es lo malo, lo que preserva y beneficia es lo bueno” (Pol. X 608e, pg. 479). Pero para cada cosa hay algo bueno y malo, por ejemplo, la enfermedad para el cuerpo, la putrefacción para la madera, el orín para el bronce y el hierro, para estas cosas hay un mal y enfermedad correspondientes a su naturaleza y cuando estos males sobrevienen a una cosa, la hace perversa, terminando por disolverla y destruirla (Pol. X 609a).

En cuanto al cuerpo, la enfermedad es su perversión, en tanto que lo corrompe, lo destruye y lo conduce a no ser siquiera cuerpo, por causa de la maldad que se adhiere y habita en él, que lo corrompe hasta desembocar en el no ser (Pol. X 609c-d). Por ejemplo, cuando la perversión de los alimentos (estar podridos o cualquier propiedad o mal estado en ellos), engendra en el cuerpo su propia maldad, entonces el cuerpo ha sucumbido debido a estos alimentos, pero es por causa de su propio mal, que es la enfermedad (Pol. X 609e), por tanto, el cuerpo no perece por la perversión de los alimentos, que es un mal ajeno, sino que el alimento introduce en el cuerpo el mal que es propio de él (Pol. X 610a).

El mal se manifiesta en la imposibilidad de ser y de realizar cualquier tarea o función de la mejor manera, es decir, aun queriendo alguien desempeñarse bien, no lo puede lograr, pero aquel que voluntariamente se desempeñe mal en alguna función, es mejor que el que no la puede llevar a cabo bien, de manera que el mal desempeño sería algo involuntario, de menor calidad, peor y feo. Por ejemplo, con respecto a la carrera, el que corre despacio corre mal y el que rápido bien, en este sentido, en la carrera, la rapidez es lo bueno y la lentitud lo malo, y el que corre despacio intencionalmente es mejor que el que lo hace contra su voluntad, por tanto, el que corre lento y feo involuntariamente es peor que el que lo hace voluntariamente (Hipp. min. 373c-e).

Igualmente en la lucha, es peor y más feo caer que derribar, en efecto, el que hace actos malos y feos voluntariamente es mejor que el que los hace involuntariamente, asimismo en cualquier ejercicio corporal, el mejor, respecto al cuerpo, puede hacer voluntariamente las cosas fuertes y débiles, las feas y bellas, pero el peor no puede realizar las fuertes y bellas (Hipp. min. 374a-b). También, en cuanto a la buena apariencia del cuerpo, el mejor cuerpo voluntariamente toma posturas feas y malas, pero el peor cuerpo las toma involuntariamente, entonces la mala apariencia cuando es voluntaria, provendría de la perfección del cuerpo y cuando es involuntaria proviene de la imperfección (Hipp. min. 374b-c).

En relación a la voz, la que desentona voluntariamente es mejor y la inferior la que lo hace involuntariamente (Hipp. min. 374c). Del mismo modo con los ojos, oídos,

nariz, boca, es mejor aquellos con los que voluntariamente trabajan mal que los que involuntariamente lo hagan, por tanto, no es deseable poseer los órganos de los sentidos que trabajan mal involuntariamente, sino que es deseable poseer los que lo hacen voluntariamente porque son buenos (Hipp. min. 374d-e). Asimismo, en todas las artes y conocimientos, por ejemplo en la medicina, es mejor la que voluntariamente hace las cosas mal, torpemente y comete errores, y es peor la que hace esto involuntariamente (Hipp. min. 375c), en definitiva, es bueno y mejor lo que cumple de la mejor forma su función, pero que puede voluntariamente hacerla mal.

La Capacidad del Alma de Hacer el Mal

La mejor alma es aquella que puede obrar bien o mal voluntariamente; si la justicia es una fuerza del alma, entonces el alma más fuerte es más justa, también, si la justicia es una ciencia, entonces el alma más sabia es más justa, en ambos casos, sea el alma más fuerte o más sabia, será más capaz de desempeñarse bien (mejor) o mal (peor) en cualquier arte en la que se considere fuerte y sabia (Hipp. min. 375d-e), de igual modo, en relación a la justicia e injusticia, la mejor alma podrá desempeñarse justamente o injustamente voluntariamente, entonces, el alma más fuerte (mejor) cuando comete injusticia, lo haría voluntariamente y la mala involuntariamente (Hipp. min. 376a), pero es una incoherencia y contradicción que un hombre bueno cometa errores y haga cosas malas e injustas, puesto que no se puede aseverar que tal hombre sea bueno (Hipp. min. 376b).

CAPITULO II

EL ALMA, SU NATURALEZA Y SU VINCULACIÓN CON EL MAL

¿Cuál es la Naturaleza del Alma?

Para saber cómo es verdaderamente el alma cuando es pura, hay que contemplarla con el razonamiento, separándola de su unión con el cuerpo y otros males que afectan su apariencia, que no permiten verla con claridad, entonces allí se percibirá más claramente su belleza, la justicia y la injusticia (Pol. X 611c-d). Contemplando así al alma, se puede advertir su afinidad con lo divino e inmortal, su amor por la sabiduría y la compañía que armoniza con ella (Pol. X 611e). Considerando esto, el alma es semejante a “lo divino, inmortal, inteligible, uniforme, indisoluble, y que está siempre idéntica consigo mismo” (Phaedo. 80b. pg. 71).

Toda la virtud, que incluye la opinión verdadera y el conocimiento científico, es más real y de la misma naturaleza que el alma, la cual es inmortal, siempre semejante y en sí misma más real (Pol. IX 585c). Por lo cual, ella se satisface sólo con las cosas más reales, dado que son de su misma naturaleza y dan el verdadero placer (Pol. IX 585d-e). Al contrario, el cuerpo participa menos de la verdad y de la realidad, así que brinda un placer menos verdadero y confiable (Pol. IX 585d-e). Asimismo, el cuerpo es semejante “a lo humano, mortal, multiforme (compuesto), irracional, soluble, y que nunca está idéntico a sí mismo” (Phaedo. 80b. pg. 71).

Toda alma humana ha debido ver o contemplar a los seres (esencias) verdaderos, pues de no ser así, no hubieran podido entrar en el cuerpo de un hombre, ya que el alma que no ha visto la verdad no puede tomar la forma humana (Phaedr. 249b,e). Pero recordarse de esos seres verdaderos no es fácil (Phaedr. 250a). En aquel tiempo, se pudo contemplar las esencias perfectas (ej., la justicia, la sensatez, la belleza), simples, llenas de calma y pureza, en esas visiones los hombres han sido iniciados y

alcanzaron el brillo más puro y purificados también, estaban libres de la tumba que se llama cuerpo, que es como una prisión que envuelve al alma (Phaedr. 250b-c).

El alma conduce “todo lo que se encuentra en el cielo, la tierra y el mar con sus movimientos...” (Legg. X 897a, pg. 211). Esta alma es un dios (Legg. X 899a). El alma con la ayuda de la inteligencia, que es un dios para los dioses, conduce la marcha del cielo y de todos los seres, a una naturaleza semejante al movimiento y razonamiento de la inteligencia, pero si el alma se une a la necedad, que es enloquecida y desordenada, produce lo propio de su naturaleza (Legg. X 897a-d).

El Alma como Principio

“El alma es la primera generación de todo” (Legg. X 899c, pg. 217). El alma es lo más antiguo de todos los seres, es principio (origen) del movimiento, se mueve a sí misma, es causa del cambio y del movimiento de todo (Legg. X 896a-c, Phaedr. 245d-e; 246a), “la primera generación y movimiento de lo que es, fue y será y de todo lo contrario a esto” (Legg. X 896a-c, pg. 209). “El alma es la más antigua y divina de todas las cosas” (Legg. XII 966e, pg. 340), es inmortal, pues se mueve a sí misma, se mueve siempre y además gobierna a todos los cuerpos (Phaedo. 105e; Phaedr. 245c; Legg. XII 967d-e; Pol. X 608d, 611a-c).

Un principio (origen) no puede ser producido, más todo lo que se origina o comienza a existir, debe ser producido por un principio, pero el principio no procede de nada, porque si se originara de algo, dejaría de ser principio original, también, si nunca ha comenzado a existir, tampoco puede ser destruido, porque si un principio puede ser destruido, no podría el mismo originarse (renacer) de la nada, ni ninguna otra cosa originarse de él, pues todo tiene que originarse de un principio (Phaedr. 245c-d). “Es principio del movimiento lo que se mueve a sí mismo” (Phaedr. 245d, pg. 344) y esto no puede perecer ni originarse, pues entonces todo el cielo y generación (todos los seres que han recibido la existencia) se inmovilizarían y no habría un principio que les volviera el movimiento, una vez destruido (Phaedr. 245d-e). Dado que el alma es causa de todas las cosas, lo es “tanto de los bienes como de

los males, de lo bello como de lo feo, de lo justo y de lo injusto y de todos los contrarios” (Legg. X 896d. pg. 210).

Todo cuerpo es inanimado si es movido de afuera, pero es animado si recibe el movimiento de un principio interior, y ésta es la naturaleza del alma, que tiene el poder de moverse por sí misma y que no tiene ni principio ni fin (Phaedr. 245e, 246a; Legg. X 896a). Todo lo que se mueve siempre (continuamente) por sí mismo es inmortal, el poder de moverse por sí mismo es la esencia del alma, lo que se mueve a sí mismo no puede dejar perder su propio ser por sí mismo, no deja de moverse (Phaedr. 245c-e). De forma que el alma es inmortal y cuando el hombre muere, lo que hay en él de mortal muere y lo inmortal se va, luego el alma existirá en el Hades (Phaedo. 106e, 107a).

Por tanto, el alma no muere por ninguna causa, sea por enfermedad, asesinato, ni aunque se corte el cuerpo en pedazos, es decir, no perece por un mal ajeno a ella, sino que habría de morir por el mal peculiar de ella (Pol. X 610 b-c). Pero la perversión y el mal propio del alma no son capaces de matarla, menos la destruirá el mal asignado a la destrucción del cuerpo (Pol. X 610e) y cuando no perece a causa de un mal propio o ajeno, se sigue que es inmortal (Pol. X 611a). De manera que aunque la injusticia, la inmoderación, la cobardía y la ignorancia se adhieren y residen en el alma, haciéndola mala o envileciéndola, no pueden disolverla ni destruirla ni matarla (Pol. X 609b-d).

Lo Más Bello del Hombre es el Alma

“Después de los dioses, el alma es la más divina de las posesiones del hombre” (Legg. V 726a. Pg.394). “El alma es lo más divino” (Legg. V 728b. pg. 396). Es lo más valioso para los hombres (Legg. V 731c) y más preciosa que el cuerpo (Gorg. 512a). Así que “más valiosa es el alma que el cuerpo” (Pol. IX 591b. pg. 454).

Pero un hombre daña su alma y la desvaloriza cuando se equivoca y se exime de culpa, tampoco la honra cuando se “alegra con placeres contra la palabra y la alabanza del legislador” pues la “llena de males y remordimientos” tampoco cuando “no se esfuerza en superar las penurias, miedos, dolores y molestias..., sino que cede

ante ellos” ni “cuando piensa que vivir es un bien absoluto” pues “si el alma piensa que todas las cosas en el Hades son un mal... en lugar de instruirla y demostrarle con argumentaciones el hecho de que no sabe ni siquiera si, por el contrario, nuestros bienes más importantes se encuentran en el reino de los dioses de allí” o “cuando alguien prefiere la belleza corporal a la virtud, esto es una deshonra efectiva y absoluta del alma”, ya que ello “dice con mentira que el cuerpo es más valioso que el alma” (Legg. V 727b-e. pg. 395-396).

Por tanto, antes que el cuidado de cualquier otra cosa, como del cuerpo o los bienes, es el cuidado del alma y de su perfeccionamiento, puesto que la virtud no viene de las riquezas, pero de la virtud nacen las riquezas y los demás bienes, públicos o privados (Apol. 30b). En efecto, los bienes del alma son los primeros y más valiosos, por tanto, ameritan un mayor cuidado y esfuerzo, le siguen los concernientes al cuerpo y en tercer lugar los bienes materiales, relacionados con las riquezas (Legg. III 697b, V 743e).

Por el afán de riquezas, que yace en el cuerpo y sus pasiones (deseos), se originan las guerras y sediciones (Phaedo. 66c). Además, el amor a la riqueza no permite que la gente tenga tiempo para ocuparse en otra cosa que no sean sus posesiones y las ganancias cotidianas, es una causa de que en una ciudad no se esfuerce por lo bello y lo bueno, por cuanto todos están dispuestos a aprender o disciplinarse y adquirir la habilidad para sus ganancias, pero se mofan de lo otro. Por tanto, la insaciabilidad de riquezas hace que el “hombre esté dispuesto a insistir en todo tipo de profesión y de medios, tanto si son honrados como si son deshonestos, si va a ser rico, y quiera llevar acabo cualquier acción, pía, impía o infame sin molestarse en absoluto” y al “igual que una bestia, comer todo tipo de cosas y beber de la misma manera y satisfacer completamente todo exceso de desbordes sexuales” (Legg. VIII 831c-e. pg. 85).

Las Fuerzas Dentro del Alma

En el alma existe una parte mejor, que se identifica con la razón y la moderación, otra peor, identificada con los placeres, deseos y la inmoderación (Pol. IV 431 a-c).

De modo similar en el alma existe una parte racional, dulce y dominante y otra bestial, salvaje, llena de comida y vino que se manifiesta en los sueños (Pol. IX 571c). Pero si antes de dormir, se alimenta la parte racional del alma con bellos discursos y reflexiones, atenuando las necesidades físicas para que no la perturben y le permitan esforzarse en percibir lo que no sabe en las cosas pasadas, presentes y futuras, y también se sosiega a la parte impetuosa y se duerme sin tener que estar alterada por alguna ira contra nadie, sino que al tranquilizar a estas dos partes del alma, una tercera parte del alma, en la que se encuentra la sabiduría, se pone en movimiento y es en este reposo el mejor estado en el que puede alcanzarse la verdad y menor medida se presentan las visiones prohibidas de los sueños (Pol. IX 571e - 572a-b).

Platón también presentó el alma como una combinación de fuerzas que consta de tres partes; dos caballos y un auriga (Phaedr. 246a, 253c-d). En las almas divinas o de los dioses, los caballos y aurigas son buenos y de buena raza, pero en los demás seres, su naturaleza está mezclada de bien y de mal (Phaedr. 246a). En los humanos, el auriga dirige dos caballos, uno excelente (bueno) y de buena raza (hermoso) y el otro lo contrario, de esta combinación resulta difícil su manejo (Phaedr. 246b). Un caballo es bueno y el otro malo; la excelencia del bueno consiste en que es de planta erguida, formas regulares, cabeza erguida, hocico aguileño, blanco con ojos negros, ama la gloria con moderación, seguidor de la opinión verdadera, obedece sin castigo (sin fusta), dócil a la voz y a la palabra del auriga (Phaedr. 253d-e). La rebeldía o el vicio del malo consiste en que tiene los miembros deformados (contrahechos), articulaciones toscas, de cuello corto y grueso, cabeza aplastada, negro de ojos grises y ensangrentados, “compañero de excesos y petulancias”, de oídos peludos que están sordos a los gritos del auriga, “apenas obediente al látigo y los acicates (espuela)” (Phaedr. 253e. pg.360).

Por otro lado, citando el ejemplo de la relación entre dos amantes y comparando con el alma, si la mejor parte del alma es más fuerte y triunfa sobre la peor, entonces pasaran sus días en este mundo felices y unidos, teniendo una vida ordenada y filosófica, con una “existencia en felicidad y concordia, dueños de sí mismos, llenos

de medida”, dado que han subyugado lo que lleva el mal a su alma y dado apertura a lo que lleva a la virtud (Phaedr. 256a-b, pg.365).

La Intemperancia, los Placeres y el Mal

El deseo que nos arrastra desordenadamente hacia el placer, el predominio del deseo irreflexivo se le denomina desenfreno o intemperancia, pero cuando el gusto del bien que la razón inspira, se apodera del alma, se denomina sensatez (Phaedr. 237e). La intemperancia implica ser dominado por los placeres o pasiones (Phaedo. 69a). Más la moderación hace ser superior a ellos y no ser esclavo de los deseos (Phaedo. 68c). Aunque los placeres se producen en todos, son reprimidos por las leyes y por los mejores deseos, en algunos son quitados completamente o reducidos, pero en otros son más fuertes y numerosos (Pol. IX 571b-c). Sin embargo, sea “o por ignorancia, o por falta de continencia o por ambas cosas, toda la muchedumbre humana vive de manera intemperante” (Legg. V 734b, pg. 407).

Se puede considerar el placer como un bien y el dolor como un mal, aunque el placer a veces, se puede llamar un mal cuando evita mayores placeres del que proporciona o cuando causa mayores dolores que los placeres que produce y parecido, el dolor será un bien cuando libra de dolores más grandes que los que él causa o cuando procura placeres mayores que sus dolores (Prot. 354c-d). Pero los placeres, como la comida o el amor, no son malos por el placer que causan al instante, sino por acarrear dolores (sufrimientos), privación de otros placeres o las consecuencias negativas a las que conducen, como enfermedades y pobreza (Prot. 353d-e, 354a). También hay placeres que inicialmente son dolorosos, es decir, son buenos pero dolorosos, como los ejercicios corporales, el servicio militar y los tratamientos médicos, porque posteriormente producen una saludable disposición corporal, la salvación, la fuerza y riqueza de la ciudad, a pesar de que son dolorosas (un mal) al instante (Prot. 354a-b).

Hay placeres que son propios del alma y más verdaderos, que están relacionados con la razón y la filosofía (Pol. IX 587a), pero el cuerpo participa menos de la verdad que el alma, y como el cuerpo participa de cosas menos reales, se satisface menos

verdaderamente (con imágenes del verdadero placer) y participa de un placer menos verdadero y confiable, en cambio el alma (en sí misma más real), se satisface más realmente y participa de cosas más reales (ej., virtud, sabiduría), por lo cual, disfruta verdaderamente del verdadero placer (Pol. IX 585d-e). Con esto presente, se puede apreciar que un tirano, que es un ejemplo de un hombre malo, convive con la ilusión del placer, alejado del verdadero placer, apartado de la razón y la filosofía, como de la ley y el orden (Pol. IX 587a-d).

Ahora, ser vencidos por el placer es ser vencidos por la ignorancia, puesto que aquellos que se equivocan entre la elección del bien y del mal, sólo se equivocan por falta de ciencia, especialmente por la ciencia de medir o calcular y toda acción en la que puede haber engaño por falta de ciencia es a causa de la ignorancia, que implica “tener una falsa opinión y estar engañados sobre asuntos de gran importancia” (Prot. 357d-e; 358c. pg. 583). Por ejemplo, la cobardía es la ignorancia de las cosas temibles y de las no lo son (Prot. 360c-d).

La moderación (templanza) “se parece a una concordancia (acorde) y a una armonía”, “es un tipo de ordenamiento y de control (dominio, dueño de sí mismo o dominio propio) de los placeres y apetitos (deseos)” (Pol. IV 430d. pg. 219). Asimismo, “un alma moderada es buena” (Gorg. 507a. pg. 116) y el alma inmoderada es mala, insensata y desenfrenada (Gorg. 507a). El hombre moderado es justo, decidido (valiente), piadoso, bueno y feliz (Gorg. 507c). “El hombre moderado obra convenientemente con relación a los dioses (con piedad) y a los hombres (con justicia), pues no sería sensato (moderado) si hiciera lo que no debe hacer” (Gorg. 507a. pg. 117). Además, obra valientemente, porque cuando el deber lo exige, en relación a hombres, cosas, placeres o dolores, busca y evita lo que debe buscar y evitar; por tanto, un hombre moderado es al mismo tiempo un hombre bueno, dado que realiza acciones buenas y convenientes, y el que obra bien es feliz y afortunado, en cambio, el inmoderado que obra mal, es desgraciado (Gorg. 507a-c).

Por otro lado, la valentía no es sólo la lucha contra temores y dolores, sino también contra los deseos y placeres; ya sea en la ciudad o en un hombre, si se es dominado por placeres y dolores, se es inferior a sí mismo, pero es más deshonroso si

se es dominado por los placeres que por los dolores, así, ser vencido por los placeres es un mal, pues es falta de moderación (Legg. I 633d-e; 645b). De igual modo, la valentía es la ciencia de las cosas temibles y de las que no lo son (Prot. 360c-d). Ser prudente, tener inteligencia y valentía son propios de la virtud y son cualidades bellas, pero lo contrario son propias del vicio y son feas (Legg. X 900d-e).

Consecuencias de que el Mal gobierne en el Hombre

Cuando el alma y el cuerpo están juntos, la naturaleza ordena que uno obedezca y sea esclavo y otro mande y sea amo, pero “lo divino es lo que está naturalmente capacitado para mandar y ejercer de guía, mientras lo mortal lo está para ser guiado y hacer de siervo” (Phaedo. 80a. pg. 71). Siguiendo este orden, lo mejor es que el inteligente gobierne y el ignorante obedezca (Legg. III 690a-b), dado que “para cualquiera es mejor ser gobernado por lo sabio y divino” (Pol. IX 590d. pg. 453) y aquel que tenga inteligencia desea estar bajo la dependencia y junto al que es mejor que él (Phaedo. 62e).

Ahora bien, como el alma nació antes del cuerpo, para gobernar según la naturaleza, es necesario que el alma gobierne sobre el cuerpo (Legg. X 896c). No obstante, un alma es buena sólo si en ella reina el orden, pero si gobierna el desorden es mala; al orden del alma se le da el nombre de norma y ley, y por estas causas los hombres se hacen justos y ordenados (Gorg. 504b-d). En efecto, lo que hace buena a cada cosa es un orden propio y en el alma en la que se encuentra el orden que le conviene, es mejor que la desordenada, por tanto, el alma ordenada es moderada y buena, al contrario, el alma mala es desordenada, insensata, inmoderada o desenfrenada (Gorg. 506e; 507a).

Bajo la ley, los hechos del hombre que se consideran honestos, lo son porque la parte bestial de su naturaleza se sujeta a la divina, más los hechos vergonzosos lo son porque la parte mansa o divina es dominada por la bestial (Pol. IX 589c-e). Así como una ciudad puede ser superior o inferior a sí misma, en el hombre sucede lo mismo (Legg. I 633d). En el hombre, si el bien o el mal gobiernan su alma, éste tendrá resultados consecuentes con ello, haciéndose superior o inferior a sí mismo, es decir,

el hombre será superior si es guiado por la razón, de acuerdo a la opinión recta y sensata, y si sus deseos son simples y mesurados, pero en la cotidianidad son pocos los hombres que poseen estas características (Pol. IV 431c).

Donde se imponga y domine lo justo, sea en un hombre o en una ciudad, será tanto mejor como bueno (Legg. I 627b). En efecto, la mejor victoria es cuando la mejor parte del alma, aunque sea menos numerosa y más pequeña, domina, pero al sucumbir a la más mala y peor parte (llena de placeres y deseos), que es más numerosa, es peor y más vergonzoso (Legg. I 626e, 627b, 633e). Además, los que han sido educados (por ej. en lo que se debe amar y odiar) o criados correctamente o son mejores por naturaleza, llegan a ser generalmente buenos y los buenos son los que pueden gobernarse a sí mismos, pues son dueños de sí mismos y moderados, pero los malos no pueden, pues son esclavos de sí mismos, inferiores a sí mismos y dominados por sus placeres (Legg. I 633e, 644a-b; II 653b-c, Pol. IV 430e, 431a-e).

De esta forma, cuando la mejor parte del alma, que es más pequeña, domina sobre la peor que es más abundante, se es dueño de sí mismo. Dicho de otro modo, si en el alma del hombre domina el bien sobre el mal, se es dueño de sí mismo, pero si domina el mal sobre el bien, se es esclavo de sí mismo e inmoderado y además es deshonesto (Pol. IV 431a-b). Un ejemplo de ser peor que sí mismo, esclavo de los placeres y de perder el dominio de sí mismo o de hacer retornar el alma a un estado infantil, es al encontrarse en un estado de embriaguez, pues hace más intensos los placeres, dolores, apetencias y amores, abandonando percepciones, recuerdos, pensamientos y opiniones (Legg. I 645d-e, 646a), así, un hombre embriagado es similar al de espíritu tiránico (Pol. IX 573c), no obstante, “un hombre llega a ser perfectamente tiránico cuando, por naturaleza o por hábito o ambas cosas a la vez, se torna borracho, erótico o lunático” (Pol. IX 573c, pg. 425).

El hombre más perverso es el más desdichado (Pol. IX 576b, 578b), lo que equivale a decir que el alma o el hombre tiranizado (malo), como el Estado tiranizado, son los más desdichados (Pol. IX 576b-c, 578b), pues están mal gobernados internamente (Pol. IX 579c). Esa desdicha se produce como consecuencia

de que tal hombre somete lo más divino de sí mismo, a lo más ateo y abominable, lo cual es la parte bestial del alma (Pol. IX 589e).

Al igual que un Estado tiránico, un alma tiranizada estará en esclavitud y sus mejores partes estarán esclavizadas, en tanto que una pequeña parte, la cual es la peor y más enloquecida (ej., por pasiones y temores), ejercerá el dominio del alma (Pol. IX 577d). Como resultado, esta alma tiranizada es esclava, pobre, insatisfecha, quejumbrosa, temerosa y sufrida, por consiguiente, será la que menos haga lo que quiere, pues estará turbada y llevada por una pasión violenta (Pol. IX 577e; 578a).

De modo que el alma de un hombre tiránico está mal gobernada y en ésta condición intenta “gobernar a otros cuando no se domina a sí mismo” (Pol. IX 579b-c. pg. 434). Un hombre tiránico es un verdadero esclavo, “envidioso, desleal, injusto, carente de amigos, sacrílego, anfitrión y nutridor de toda maldad, y, a consecuencia de todo esto, es infortunado al máximo y torna de esa índole a cuantos hombres que se le aproximan” (Pol. IX 580a. pg. 435).

El Alma con Ciencia Debe Gobernar en el Hombre

La ciencia (conocimiento científico) es bella, “capaz de dominar al hombre” y el hombre que posea el conocimiento del bien y del mal, no puede ser arrastrado ni dominado por nada para hacer otra cosa que lo que la ciencia le ordene (Prot. 352c. pg. 574), igualmente “nada es superior a la ciencia”, si ella está presente en el hombre siempre domina “a todo lo demás, incluso al placer” (Prot. 357c. pg. 581). Sin embargo, muchos hombres se encuentran sometidos por el placer o el dolor o arrastrados por algún placer, pero esto no es más que ser vencido por la ignorancia, porque se yerra por falta de ciencia (conocimiento) sobre el bien y el mal, por consiguiente, ser vencido (sometido) por el placer es ser vencido por la ignorancia (Prot. 352c-e). Y se ha recalcado que un hombre es inferior a sí mismo y malo, cuando es dominado por los placeres y dolores, lo cual evidencia su inmoderación, pero es más reprochable el que es dominado por el placer, que aquel a quien los dolores le someten (Legg. I 633e).

La falta de experiencia de la verdad hace que no se tengan opiniones sensatas y certeras sobre el placer, el dolor y lo intermedio entre ellos (Pol. IX 584e; 585a). Pero la ciencia y la opinión verdadera o mejor dicho, el de toda la virtud, participa más de la realidad pura, pues es más real lo que “se adhiere a lo que es siempre semejante, a lo inmortal y a la verdad” por ser de su misma naturaleza (Pol. IX 585c. pg. 444). Por lo que aquellos que no han tenido la experiencia de la sabiduría y de la virtud, no miran lo verdaderamente alto y no se han satisfecho con lo real, ni han disfrutado de un placer sólido y puro, sino como animales, miran hacia abajo y procuran sus placeres más básicos (Pol. IX 586a-b).

La mirada del alma puesta en el mundo sensible puede ver las sombras de lo real, pero no lo real en sí, por ejemplo, las sombras de la justicia, del bien, de lo bello (Pol. 517d-e). El alma de los malvados dirige su mirada hacia abajo, hacia las apariencias, el devenir, el engaño y la ignorancia, de manera que su vista está forzada a servir al mal y cuanto más mira, más mal produce, pues su alma se adhiere a cosas como la glotonería, lujuria y placeres menos verdaderos, que son de esa naturaleza (Pol. VII 519a-b). En cambio, el camino hacia arriba, hacia lo verdadero, hacia lo que es, es el camino de la filosofía (Pol. VII 521c). Por tanto, “las cosas más verdaderas son las que elogia el filósofo y amante del razonamiento” (Pol. IX 582e. pg. 440), pues “la verdad es la que produce la corrección y el beneficio así como el estar bien o el estar mal” (Legg. II 667c. pg. 274).

El Mayor Mal se Encuentra en el Alma y Produce el Mayor Daño

El único mal verdadero es carecer de ciencia (Prot. 345b) y la ignorancia es una enfermedad del alma que ocasiona el mal en las obras (Tim. 86b-c). Por ejemplo, si se ignora “lo justo y lo injusto, lo malo y lo bueno” en la composición de escritos sobre algún objeto de interés público o privado, y se cree tener certeza y claridad, esto es totalmente reprochable y vergonzoso para el que lo escribe, se lo digan o no, a pesar de que una multitud lo pueda alabar (Phaedr. 277d-e. pg. 410).

Tener un alma perversa (enferma) y corrompida es el más grande de los males (Gorg. 511a). Al alma la hace mala “la injusticia, la inmoderación, la cobardía y la

ignorancia” (Pol. X 609c, pg. 479) y estos son males del alma (Pol. IV 444b). Al mismo tiempo el hombre el malo tiene un alma mala y bueno un alma buena (Hipp. min. 376b). De manera que los buenos son buenos a causa del bien que hay en ellos y los malos por la presencia del mal en ellos (Gorg. 497e; 498d-e). Asimismo, el alma que tiene insensatez y vicio es mala, y al contrario, la que tiene inteligencia y virtud es buena (Phaedo. 93c).

Lo feo se define en relación al mal y al dolor, por ende, algo que sea más feo es más malo, doloroso o dañino (Gorg. 475a-b). La maldad del alma es lo más feo, pues ocasiona el mayor daño y lo que ocasiona el mayor daño, es el mayor mal. En efecto, en el alma pueden existir males o enfermedades (los cuales son los más grandes de todos los males) que son la injusticia, la intemperancia (inmoderación, desenfreno o desmesura), la ignorancia, la cobardía y otros de esa naturaleza, que ocasionan el mayor daño (Gorg. 477b-e).

El mal del alma representado por la injusticia, al compararse con la pobreza y la enfermedad, es más fea y más mala, puesto que supera a los demás males causando más daño (Gorg. 477c-e). Por consiguiente, a un alma enferma (mala) que es insensata, intemperante, injusta e impía, se le debe privar de sus deseos, debido a que esto es una reprensión que intenta mejorarla o corregirla, y además, sólo se le debe permitir lo que la pueda mejorar, puesto que es lo más conveniente para ella (Gorg. 505a-b).

CAPITULO III

LA INJUSTICIA ES UN MAL DEL ALMA

¿Cuál es la Importancia de Cometer Injusticia?

Para Sócrates fue preciso sufrir cualquier mal que viniese, aún morir, antes de obrar injustamente (Crit. 48c). Como principio estableció que la injusticia jamás es permitida, de ningún modo se debe cometer, aún si se recibe injusticia, es en cualquier caso mala y vergonzosa para el que la comete, y no hay diferencia entre hacer el mal y ser injusto, por lo cual tampoco es permitido hacer mal alguno y es injusto responder con el mal cuando se recibe mal (Crit. 49a-c).

Hacer alguna injusticia es hacer mal y no cometer injusticia es hacer bien (Hipp. min. 376a) y el mayor mal es cometer injusticia y ser injusto, pues es más feo, produce un mayor daño o causa más dolor y es una mayor desgracia vivir con un alma malsana, corrompida e injusta (Gorg. 469b; 477c, 479b-c; 480d). Además, cometer injusticia es un mal mayor o peor y más vergonzoso que sufrirla porque es más deshonesto (Gorg. 469b-c, 473a; 475e; 489b; 508c; 509b-c; 527b). Del mismo modo, es más feo cometer injusticia que recibirla, dado que es más doloroso, dañino o ambas (Gorg. 475b).

Dado que es más vergonzoso y más malo ser el autor de injusticias que sufrirlas, como hacer algún daño a alguien (ej., golpear, mutilar, hacerle esclavo) o a sus bienes (quitárselos) (Gorg. 508e), el autor de una injusticia es siempre más desgraciado que el que la sufre (Gorg. 479e). A pesar de ello, se precisa cierto poder y arte, el cual debe aprenderse y ejercitarse, para no cometer injusticia (Gorg. 509e; 510a).

La injusticia es un mal del alma y el injusto es un insensato, vive mal y pervierte lo máspreciado de sí, su alma (Pol. I 353e, X 609c-d). En el caso de un ladrón, éste envilece su alma al ser injusto e insensato (Pol. X 609c). El injusto perjudica y vuelve peores a los hombres con respecto a la justicia, que es la virtud de los hombres, en

otras palabras, al perjudicarlos o pervertirlos se volverán injustos (Pol. I 335c-d). De manera que obrar justamente produce justicia y obrar injustamente produce injusticia (Pol. IV 444c).

La injusticia es un mal del alma y el hombre injusto vive mal (Pol. I 353e), es decir, no vive feliz, ni es bienaventurado, sino desdichado (Pol. I 354a). Si un hombre posee grandes riquezas, pero es injusto, será infeliz y vivirá miserablemente (Legg. II 660e). Más aún, si un hombre fuera fuerte, bello y rico, pero es injusto e insolente y tampoco poseyera la virtud completa, pero posee todos los llamados bienes (salud, belleza física, riqueza, que sus sentidos perciban bien, poder tiránico para hacer lo que quiera y ser inmortal) y no le ha sucedido ninguno de los llamados males, éste hombre es un infeliz, llevará una vida vergonzosa y como es un mal grandísimo, conviene que viva la menor cantidad de tiempo (Legg. II 661a-e; 662a).

Como la injusticia es una enfermedad del alma, su curación requiere que el que cometa un delito “la ley le enseñe y lo obligará a no hacer jamás en el futuro tal cosa adrede o hacerla de una manera mucho menor, además de la reparación del perjuicio. Lo hará con obras o palabras, con placeres o dolores, honras o deshonras y multas o incluso con regalos o, en general, de cualquier manera en que uno haga odiar la injusticia y amar o no odiar la naturaleza de lo justo” (Legg. IX 862c-e. pg. 144-145). En eso consiste la naturaleza de las leyes más bellas (Legg. IX 862e). Pero cuando un hombre es incurable, entonces un legislador debe imponer la pena de muerte, pues sabe que para todos los que son así, lo mejor es que mueran y al mismo tiempo esto conlleva un beneficio doble, es decir, una advertencia para que otros no cometan injusticias y hace que una ciudad quede libre de malvados (Legg. IX 862e, 863a).

Efectivamente, el injusto es digno de compasión, en ciertos casos “es posible apiadarse del que tiene males curables y, refrenando el ánimo, suavizarlo y despojarlo de su apasionamiento y exasperación femenina, pero hay que descargar la ira con el completa e incorregiblemente vicioso y malo” (Legg. V 731c-d. pg. 403). En definitiva, se deberá condenar a muerte “a los que tengan un alma perversa por naturaleza e incurable” (Pol. III 410a, pg. 188) y de esta forma se evitaría radicalmente que corrompan a otros hombres y dañen la ciudad (Legg. V 735b-e).

¿Por qué es Atractivo Cometer Injusticias?

En el segundo libro de la República, a través del personaje de Glaucón, se reseña la historia de un pastor que tuvo un anillo mágico, para ilustrar la opinión de que el poder de hacer lo que se quiere -en base a la codicia de cada uno- es la razón de la injusticia, dado que los que cultivan la justicia no la cultivan voluntariamente, sino porque carecen de la fuerza para cometer injusticias, pues el justo si pudiera, movido por la codicia que se persigue por naturaleza como un bien, tomará el camino de la injusticia (Pol. II 359b-e; 360a-d). De manera que estos justos no cultivan la justicia porque quieren ser justos, sino porque sí hacen lo que quieren, esto es, realizar obras malas (injustas) y fueran descubiertos, tendrían consecuencias negativas impuestas por otros. Pero si acceden al poder para hacer lo que quieren, cualquiera haría injusticias (Pol. II 366d).

No obstante, se hace la salvedad, por medio del personaje de Adimanto, de que se puede repugnar cometer injusticias o abstenerse de ello, sólo por inspiración divina o por haber tenido acceso a la ciencia (Pol. II 366c-d). Del mismo modo, cuando se tiene total libertad para ser injusto es muy difícil y es digno de alabanza mantenerse justo durante toda la vida, es decir, cuando se tiene poder o autoridad, por eso “la mayor parte de los hombres poderosos se hacen malos” (Gorg., 526a-b, pg. 143).

Igualmente, por medio de Adimanto, Platón refiere que la intemperancia (inmoderación), la injusticia y la maldad son agradables y fáciles de adquirir, sólo vergonzoso en cuanto a la opinión y convención, en cambio, la justicia y la virtud, aunque bellas, requieren de un camino difícil (Pol. II 364a-d).

¿Cuál es la Consecuencia de la Injusticia yCuál es su Relación con la Ignorancia?

“Quien elogia la injusticia miente...en relación con el placer, con la buena fama o con la utilidad” (Pol. IX 589c. pg. 451). No sólo la injusticia produce infelicidad, sino que es ignorancia, puesto que produce entre los hombres discordias, odios y disputas (Pol. I 351 a-e), lo cual no permite obrar en conjunto por esas discordias, enemistades y enfrentamientos que genera con otros, aunado a las discordias y conflictos internos (consigo mismo) y con los justos (Pol. I 352a). En la ignorancia “echan raíces todos

los males”, crecen y producen un fruto amargo, destruye a los reyes y gobernantes que siendo ignorantes y teniendo poder causan los mayores errores e incultura (Ep. VII, 336b. pg. 505; Legg. III 688c; IX 863c).

El injusto es malo, pero todos los malos son siempre malos sin proponérselo, en otras palabras, son malos involuntariamente, dado que cometen injusticias sin querer (Legg. IX 860d). Les falta conocimiento, tienen una opinión falsa o están engañados, dicho de otro modo, son ignorantes o están engañados por el placer o el dolor, pero todo esto se supera con sabiduría (Legg. IX 863b-c; Prot. 357d-e, 358c-d). Entonces, el obrar mal es consecuencia de la ignorancia; se argumentó de que entre los sabios no hubo quien dijera “que algún hombre por su voluntad cometa acciones vergonzosas o haga voluntariamente malas obras”, sino que entre ellos había un acuerdo de “que todos los que hacen cosas vergonzosas y malas obran involuntariamente” (Prot. 345d-e. pg. 564).

“Todo injusto no es injusto por propia voluntad, pues nunca nadie en ningún lugar poseería voluntariamente ninguno de los mayores males, y, mucho menos, en lo que son sus posesiones más valiosas” (Legg. V 731c. pg. 402). Es decir, “los que causan daño a los hombres, los que hacen injusticia, los que mienten, los que engañan, los que cometen faltas” lo hacen involuntariamente (Hipp. min. 373d. pg. 389), pues “los malos siempre son malos sin proponérselo” (Legg. IX 860d, pg. 141), ya que nadie admite el mayor mal en su alma, que es su posesión más valiosa (Legg. V 731c, 726a), nadie se dirige al mal o a lo que cree ser mal, por voluntad propia, sino al bien (Prot. 358c), nadie por su propia voluntad comete acciones vergonzosas o malas obras, sino que obran involuntariamente (Prot. 345d-e).

Consecuentemente, nadie se dirige voluntariamente al mal ni a lo que se cree que es malo, porque no está en la naturaleza del hombre disponerse hacia lo que cree que es malo en lugar de lo bueno “y cuando uno se ve obligado a escoger entre dos males, nadie elegirá el mayor, si le es posible elegir el menor” (Prot. 358c-d). Por tanto, nadie que sepa que hay cosas mejores de las que hace y estando en poder de escoger, haga las malas y deje las buenas, así que dejarse someter por la mala es por ignorancia y superarlo es por poseer la ciencia (Prot. 358b-c).

La peor ignorancia es odiar lo que le parece ser bueno o bello y amar lo que parece ser malo e injusto (Legg. II 689a). Sócrates aceptaba gustosamente que le refutaran si no decía la verdad, también refutar al que se desviara de la verdad, aunque le fue preferible lo primero, es decir, que le refutaren para librarse del peor de los males, esto es de la ignorancia, que librar a otro, por ser un bien más grande (Gorg., 458a-b; 470c; 506c). Esto fue así pues “saber la verdad es lo más bello, e ignorarla lo más vergonzoso” (Gorg., 472c. pg. 62). De forma que es un bien mayor librar al alma de la ignorancia que el cuerpo de una enfermedad, como citó Platón por medio del personaje de Sócrates: “no rehúses curar mi alma, pues me harás un bien mucho mayor librándome el alma de la ignorancia, que el cuerpo de una enfermedad” (Hipp. min. 373a. Pg. 389).

La ignorancia es una causa de errores en cuanto a la opinión verdadera y se puede dividir en una simple que “es causa errores leves” y otra doble, como “cuando uno es un ignorante sostenido no sólo por la ignorancia, sino también por la convicción de sabiduría, como si lo supiera todo acerca de lo que no sabe nada en absoluto” (Legg. IX 863c. pg. 146). En otras palabras, “creer saber, cuando no se sabe nada” (Soph. 229c. pg. 365). Por ejemplo, “creer que uno sabe lo que no sabe” es igual a “creer ser sabio sin serlo” y “¿cómo no va a ser la más reprochable ignorancia creer saber lo que no se sabe?” (Apol. 29b).

Paralelamente a la ignorancia, el amor exasperado de sí mismo es causa de todos los errores, pues de allí se cree que la ignorancia propia es sabiduría y así creyendo saber, no se confía a otros las cosas que no se saben hacer y se comete errores por hacerlas uno mismo (Legg. V 732a-b). E igualmente, el que ama se enceguece por lo amado y “juzga mal lo justo, lo bueno y lo bello, porque piensa que siempre se debe preferir lo suyo a lo verdadero” (Legg. V 731e. pg. 403). Asimismo, el deseo pasional (amoroso) hacia una persona ciega la mente (Phaedr. 233a). Pero un gran varón debe amar ante todo lo justo, evitar amarse exasperadamente a sí mismo y buscar siempre al mejor que él (Legg. V 731e).

Los Beneficios de Ser Justo

Un individuo que en su alma sea moderado, valiente y sabio (prudente) y hace lo que le corresponde según su naturaleza, será justo (Pol. IV 435b-c). La justicia es la virtud de los hombres, es sabiduría, produce concordia y amistad, y el justo es bueno y no perjudica a nadie (Pol. I 335c-d, 351a-c). “El que elogia lo justo dice la verdad...en relación con el placer, con la buena fama o con la utilidad, el que ensalza la justicia está en la verdad, y el que la censura no dice nada sensato, y ni siquiera ha conocido aquello que censura” (Pol. IX 589c. pg. 451).

Sea que la justicia fuese una fuerza, ciencia del alma o ambas, de todas formas el alma más fuerte es más justa y el alma más sabia es más justa y la menos justa es menos sabia (Hipp. min. 375e). En consecuencia, el alma más fuerte y sabia es mejor (Hipp. min. 376a). En paralelo, “lo justo no crece separado de la templanza” (Legg. III 696c. pg. 335) o moderación, que consiste en no ser esclavo de los deseos, sino hacerse superior a ellos y vivir moderadamente (Phaedo. 68c). En efecto, “la justicia es en sí misma lo mejor para el alma en sí misma” (Pol. X 612b. pg. 484).

Para Sócrates el hombre debe vivir bien y esto es igual a vivir en justicia (Crit. 48b). La función del justo, que es bueno y sabio, no es perjudicar a nadie, sino que esa es función del injusto (Pol. I 335d), el cual se parece al malo e ignorante (Pol. I 350c). “El hombre bueno, por ser prudente y justo es bienaventurado y feliz” (Legg. II 660e. pg. 260). “El mejor y más justo es el más feliz y que éste es el hombre de carácter más real y que reina sobre sí mismo, en tanto que el peor y más injusto es el más desdichado, y que éste resulta ser de carácter más tiránico, que tiraniza al máximo al estado y así mismo” (Pol. IX 580c, pg. 435).

La mejor vida es vivir y morir practicando la justicia y todas las demás virtudes (Gorg. 527e). Así lo refiere Platón “no hay ciudad ni individuo que puedan ser felices sin llevar una vida de sabiduría bajo las normas de la justicia” (Ep. VII 335d. pg.504). Todo esto es así puesto que “los felices son felices por la adquisición de la justicia y de la moderación, y los desgraciados son desgraciados por la adquisición de la maldad” (Gorg., 508b, pg. 118).

“Todo hombre debe honrar las cosas bellas y justas” (Legg. IX 854. Pg. 128) y la vida injusta es más vergonzosa y fea, y menos placentera que la vida justa y piadosa (Legg. II 663d). En este sentido, lo bueno y lo bello, lo placentero y justo son inseparables (Legg. II 663b), pues “el que vive la vida más placentera es el más feliz” (Legg. II 662e. pg. 264) y “la vida más justa es la más feliz” (Legg. II 662e, pg. 264). Entonces, el más feliz es aquel que impide absolutamente la entrada del mal en su alma, dado que es el mayor mal de todos los males, luego le sigue aquel que se ha librado de la maldad, por medio de consejos, amonestaciones o castigos (Gorg., 478d-e). En efecto, “la primera cualidad de los que viven felices es no cometer injusticia ellos, ni sufrirla a manos de otros”, aunque no sufrir injusticias es más difícil (Legg. VIII 829a. pg. 80). También, si una ciudad “llega a ser buena, alcanzará una vida pacífica, pero si es mala, tendrá una vida de guerra exterior e interior” (Legg. VIII 829a. Pg. 80).

En todo caso, la felicidad dependerá de la buena elección entre el placer y el dolor, considerando el que sea más grande o numeroso y el más pequeño o menos numeroso, lo cual implica una ciencia de medir (Prot. 356c, 357b). Por consiguiente, la máxima felicidad que es posible para el hombre busca la virtud del cuerpo y del alma, apunta a lo placentero, al igual que a lo mejor y lo más bello, por tanto, es superior la vida prudente, inteligente, valiente y sana, que la vida incontinente, necia, cobarde y enferma respectivamente; pues las primeras son superiores a las otras en placeres y lo doloroso es de menor cantidad, más pequeños y menos frecuentes (Legg. V 733e, 734a-e).

Por ejemplo, una vida prudente proporciona dolores suaves, placeres delicados que superan a los disgustos, deseos débiles y amores no apasionados, al contrario, la imprudente o incontinente es en todo intensa, proporciona dolores fuertes que superan a los placeres en magnitud, cantidad y frecuencia, deseos impetuosos y frenéticos, y amores muy apasionados, de aquí se sigue que todo el mundo será incontinente de manera involuntaria (Legg. V 734a-e).

Por otro lado, el que verdaderamente respeta la justicia, odia la injusticia hecha contra aquellos con los que les es fácil ser injustos, como en el caso de amos, tiranos

o los que tienen poder sobre uno más débil, así el que no tenga mancha de impiedad e injusticia en sus acciones para con los esclavos, sería el más capaz de implantar una semilla de virtud, si bien es necesario castigar físicamente a los esclavos aplicando la justicia, pero no corromperlos con simples amonestaciones como si fueran libres; asimismo, no se debe actuar con violencia hacia los esclavos y si es posible hay que cometer menos injusticias con ellos que con los iguales (Legg. VI 777d-e).

El beneficio de Castigar al Injusto

El que es bueno y virtuoso es feliz, y el que obra mal que es injusto y malvado, es totalmente desgraciado, pero es más desgraciado si no es castigado y sus crímenes quedan impunes, en tanto menos desgraciado si recibe el justo castigo por parte de los hombres y de los dioses (Gorg. 470e; 472e; 473b; 474b), puesto que el que paga su culpa al ser castigado con justicia, que es la forma en la que se libra de la injusticia (maldad del alma) o se cura su alma, hace mejor su alma librándose de la maldad que está en ella, así se libra del mayor de los males (Gorg. 477a; 478b; 479d).

Si alguien que comete injusticia no se descubre o pasa inadvertido, se vuelve más perverso, pero el que es descubierto y castigado hace que su parte bestial se apague y amanse, pronto la parte dulce queda liberada, de esta forma el alma queda restablecida en su mejor naturaleza al adquirir moderación, justicia y sabiduría (Pol. IX 591b). En este sentido, el castigo es la curación de la injusticia por medio del castigo justo (justicia), que modera a los hombres, haciéndolos más justos; el castigo viene a ser como una medicina para la maldad (cura de la maldad), pero el que no recibe el castigo continua con el mayor mal dentro de sí, abrigando en sí la injusticia, la mayor desgracia (Gorg., 478d-e; 479d).

El castigo es considerado justo, bello y bueno, dado que implica una acción justa, la cual es agradable o de utilidad (Gorg., 476b,e; 477a). Si alguien es castigado y sufre justamente, se hace mejor, pero también puede servir de ejemplo a otros, para que tengan miedo y mejoren (Gorg., 525b). Así, un sufrimiento que participe de lo justo es bello (Legg. IX 860a), pues todo lo relacionado con la justicia es bello y participar de lo justo es participar de lo bello, aún el sufrimiento, en efecto, la justicia,

las cosas y acciones justas son bellas, es más, si hay hombres justos que tienen el cuerpo feo, en realidad son bellos por su carácter justo (Legg. IX 859d-e). De manera “que si alguno se hace malo en alguna cosa, debe ser castigado; y este es el segundo bien, después del de ser justo” (Gorg., 527b. pg. 145), que es el primer bien, lo segundo mejor consiste en volver a ser justo, por medio de recibir el castigo justo por ser culpable de injusticia (Gorg., 527b).

“Ningún castigo impuesto de acuerdo con la ley sucede para mal, sino que, en general, produce una de dos, o mejora o hace menos miserable al que paga su culpa” (Legg. IX 854d. pg. 128-129). Pero si un ciudadano cometiera grandes crímenes contra los dioses (ej., ladrón de templos u objetos consagrados), sus progenitores o la ciudad (ej., traición, derrocamiento de las leyes y sistema político) y ello quede evidenciado, el juez debe considerar a éste hombre incurable, pues no se mantuvo apartado de los peores males a pesar de haber tenido una educación y crianza desde niño, entonces, la muerte debe ser el castigo, siendo el menor de los males (Legg. IX 854e). De esta manera, tanto el ladrón de templos como el enemigo de las leyes bien establecidas deben morir (Legg. IX 860b). Además, con la ejecución y privación de sepultura, estas acciones beneficiarán a los demás, pues al hacerlo desaparecer, no tendrá más fama sino fuera del país (Legg. IX 855a).

CAPITULO IV

LA POLÍTICA, LA LEY Y EL MAL

¿Hacia qué Debe Apuntar un Sistema Político?

El sistema político debe imitar la vida más bella y la mejor posible (Legg. VII 817b). Los ciudadanos deben ser obedientes a la virtud y la legislación apuntará a esto (Legg. IV 718c). La ciudad y los ciudadanos deben pasar su vida teniendo los mismos placeres, siendo lo más semejantes posible, deben vivir bien y felices (Legg. VII 816d). Lo político es siempre lo justo, apunta a la igualdad, ya que ésta produce amistad, pero ésta igualdad no es fácil de ver, dado que es decisión de Zeus, que da poco a los hombres, dar lo apropiado según la naturaleza, es decir, “da mayores honras a los más virtuosos, mientras que otorga a los que tienen lo contrario de la virtud y la educación lo conveniente a cada uno de manera proporcional (Legg. VI 757a-d. pg. 449).

El verdadero arte político se ocupa de lo común y no de lo particular, pues lo común une y lo particular desune dentro de las ciudades y “conviene tanto a lo público como a lo privado, a ambos, si se coloca eventualmente a lo público por encima de lo privado” (Legg. IX 875a. Pg. 171). Pero si un hombre tuviese un poder o gobierno ilimitado en una ciudad, a pesar de saber lo anterior, se inclinará al mal, puesto que su “naturaleza mortal lo empujará al exceso y a la actuación en interés personal, puesto que busca de manera irracional evitar el dolor y perseguir el placer y colocará siempre a estos dos por delante de lo más justo y mejor y, al producir en sí mismo la oscuridad, se llenará a sí mismo y a toda la ciudad de todos los males hasta el final” (Legg. IX 875c. pg. 171). Entonces, ese hombre con gran autoridad, pero con un alma pequeña, desestimará la moderación y se llenará de insolencia e injusticia (Legg. IX 691c-d).

Con respecto a las leyes cretenses, Platón, por medio de Clinias, ha señalado que por naturaleza hay siempre una guerra no declarada entre todas las ciudades y en conformidad con ello, las leyes y las costumbres de una ciudad (concebida como una reunión de diferentes aldeas) que tenga un buen orden político, tiene como guía la guerra, bajo la premisa de que no hay ninguna utilidad en otras cosas, como posesiones e instituciones, si esa ciudad no vence a otras ciudades en la guerra (Legg. I 626a-b). Aunque se ha referido que ir a la guerra es bello y bueno y propio de valientes (Prot. 359e, 360a-b), lo óptimo es la paz y la disposición amistosa unos con otros, el que legisla debe apuntar a aquello de lo que resulta un bien, a la virtud integra o total, a la justicia, prudencia, valentía e inteligencia, que la ciudad sea libre, prudente y amiga de sí misma, y tampoco alguien llegaría a ser un verdadero político si la felicidad de la ciudad y del individuo se planifica considerando únicamente la guerra exterior (Legg. I 628d; 631b; III 693b; IV 705d-e).

Ese tipo de guerra sería la externa o pública, pero hay otra que es la interna o privada, es decir, de sí mismo contra sí mismo; vencerse a sí mismo viene a ser la primera y mejor victoria, al contrario, sucumbir a sí mismo lo más vergonzoso y peor (Legg. I 626d-e). Llevando esta idea de guerra privada en relación a las ciudades, cuando los justos, que son minoría, dominan la ciudad, esta es buena y mejor, pero cuando los injustos, que son mayoría, dominan, se puede decir que esa ciudad es inferior a sí misma (Legg. I 627b). Sin embargo, en una guerra interna que pueda surgir en una ciudad, es necesario que desaparezca rápidamente, para prestar atención a los enemigos externos (Legg. I 628b).

Por otro lado, se ha dicho que el orden político que está instituido no apunta ni a la guerra ni a la virtud total, sino a lo que más le conviene para gobernar siempre y evitar ser destruido, y que la mejor definición de lo justo por naturaleza, es lo que es útil al más fuerte y el que detenta el poder promulgará leyes atendiendo primeramente aquello que le sea útil para permanecer en el poder, asimismo llamará a esas normas justicia (Legg. IV 714c-d). De este modo lo justo es algo conveniente, en efecto bajo ésta idea, es lo que conviene al más fuerte, lo conveniente al gobernante, y en

paralelo, es justo que los gobernados hagan lo que les ordenan los gobernantes (Pol. I 338c, 339a-d).

En la idea anterior de justicia y lo justo, como lo conveniente para el más fuerte que gobierna, esto es un perjuicio (mal) para el que obedece y sirve (Pol. I 343c). Bajo esa premisa, en la democracia, oligarquía y tiranía, se gobierna siempre por medio de alguna forma de coacción a quienes no aceptan el gobierno, pues como el que gobierna teme, no permitirá “que el gobernado llegue a ser ni bueno ni rico, ni fuerte ni valiente, ni mucho menos guerrero” (Legg. VIII 832c. pg. 86).

Aunque el poder es un bien para el que lo posee, “hacer lo que a uno le parece, cuando esta privado de razón (o buen sentido), es un mal” (Gorg., 467a. Pg. 53). Como menciona Platón, no cesarán los males de la humanidad, ni para los ciudadanos ni para el Estado, sí no alcanzan el poder los verdaderos filósofos o los que ejercen el poder en las ciudades no se conviertan, por favor divino, en filósofos verdaderos, puesto que sólo a partir de la filosofía verdadera se puede distinguir lo justo, sea en la vida pública o privada (Ep. VII 326b; Pol. V 473d; VI 501e). Por tanto, no es posible que “los hombres sin educación ni experiencia de la verdad puedan gobernar adecuadamente alguna vez el Estado” ya que no tienen la vista en lo verdadero, en el Bien (Pol. VII 519b-c). Pero cuando en un hombre con el poder más alto coinciden la inteligencia y la prudencia, se produce el nacimiento del mejor orden de gobierno y de las leyes correspondientes (Legg. IV 712a).

El Orden Dentro del Estado

El Estado es un reflejo del alma de cada hombre, puesto que en cada individuo habitan los mismos géneros o caracteres (por ej., justicia, moderación, valentía, sabiduría) y comportamientos (costumbres) del Estado, y se generan a partir de los individuos que viven en ellos, además, el mal o el buen desempeño de los gobernantes de un Estado, se proyecta en la totalidad de ese Estado (Pol. IV 435a-e, 436a). Si un Estado fundado en base a la sabiduría (prudencia), la valentía, la moderación y la justicia, será bueno, pero si tiene las características contrarias será malo (Pol. IV 427e).

Al igual que un individuo, cuando un Estado sea moderado, valiente y sabio (prudente) y hace lo que le corresponde, será justo (Pol. IV 435b-c). En conjunto, el desorden, la disputa interna y la intromisión de funciones en el Estado evidencian la injusticia, la inmoderación, la cobardía y la ignorancia, los cuales conforman tanto los males del Estado como los males del alma (Pol. IV 444b).

Las Leyes y el Mal

Las leyes deberán consistir en la ley y el preámbulo de la ley, como elemento persuasivo introductorio, que tiene el fin de permitir que la ley se reciba con buena disposición y con ello sea capaz de aprender lo que es la ley (Legg. IV 723a). Las leyes surgen, por un lado, para los hombres de provecho, dado que “el bueno es el que mejor sirve a las meras leyes y les presta la mayor obediencia” (Legg. VII 822e. pg. 73) y el ciudadano debe “alegrar y ordenar su vida según la ley” (Legg. IV 718b. pg. 378). Éstas leyes apuntan a lo óptimo, a la felicidad máxima de la ciudad y del individuo, a ser una ciudad libre, prudente, moderada, inteligente y amiga de sí misma, enseñándoles a los hombres a conocerse y relacionarse unos con otros para habitar juntos amigablemente y pacíficamente (Legg. I 628c-d, III 693b-c, V 738e, 743c, IX 880e). Por otro lado, otras leyes se dirigen “para los que rechazan la educación, porque poseen una índole resistente, y en absoluto amollecen (ablandan) como para no caer en la maldad integral” (Legg. IX 880e.pg. 181), ellas castigan y persuaden a los hombres para que desistan de cometer males (Legg. IX 853b-d, 880e-882c).

Las leyes deben ser las más bellas y mejores (Legg. IX 858e), las más bellas hacen que los hombres odien la injusticia y amen o no odien lo justo (Legg. IX 862d-e). Las leyes deben dirigirse a “alcanzar el mayor grado de felicidad y de amistad entre sí” (Legg. V 743c. pg. 426). “En las ciudades con buenas leyes lo más apreciado es la virtud” (Hipp. mai. 284a. pg. 407). “Todo lo que en la ciudad nace partícipe del orden y la ley produce todos los bienes, pero lo que no se encuentra ordenado o está mal ordenado destruye la mayoría de las demás cosas que tienen un orden correcto” (Legg. VI 780d. pg. 490). Pero si alguien se aleja de la razón y la filosofía, también se

alejara de la ley y el orden (Pol. IX 587a). Del mismo modo, si una ciudad pone magistraturas ineptas al frente de leyes buenas “se originarían para las ciudades casi los más grandes daños y perjuicios” (Legg. VI 751b-c. pg. 437).

Los legisladores establecen la ley bajo la idea de “que es el mayor bien para la ciudad y de que sin ella es imposible gobernar en buen orden” (Hipp. mai. 284d. pg. 408). Los que verdaderamente saben, consideran que la ley debe producir beneficio, es decir, el bien y no el mal (Hipp. mai. 284e). En efecto, el que legisla correctamente no legisla para que la ciudad sea la más grande y rica posible, ni que domine a la mayor cantidad de pueblos, sino que “debe querer que la ciudad sea en lo posible la mejor y la más feliz” (Legg. V 742d. pg. 425). Así, el enriquecerse desmesuradamente ha de prohibirse, pues obstaculiza el llegar a ser prudente (Legg. VIII 836a). Entonces, el legislador deberá vigilar “qué de lo instituido lleva a la virtud y que no” (Legg. VIII 836d. pg. 95).

El Guardián de la ley y el legislador deben dirigir a la ciudad a “cómo se podría llegar a ser un hombre bueno que posea la virtud del alma propia del ser humano por una práctica o costumbre” (Legg. VI 770c-d. pg. 471). Conjuntamente, el legislador y guardián de la ley han de ser divinos y esforzarse en ello, tendrán la responsabilidad de ser superiores en el conocimiento y la práctica de la justicia, inteligencia, prudencia y valentía (Legg. XII 964b-d, 966b-c). “El legislador debe ser perfecto y no mediocre” (Legg. VIII 806c. pg. 43-44).

Entre los que escriben, sólo el legislador tiene la preeminencia de dar “consejos sobre las acciones bellas, buenas y justas, enseñando qué son y que las deben practicar los que vayan a ser felices” (Legg. IX 858d. pg. 137). Los legisladores que vayan acumulando experiencia “deben prescribir y cambiar anualmente la legislación, introduciendo mejoras, hasta que crean que han alcanzado una definición apropiada de esas costumbres y usos” (Legg. VI 772b. pg. 474).

El legislador debe legislar apuntando a que una ciudad que reciba las leyes sea “libre, prudente y amiga de sí misma” y posea la razón (Legg. III 693b; pg. 329. 701d). Ese legislador que tenga la ciencia política, debe intentar implementar en la ciudad las leyes apuntando hacia la virtud en su totalidad, que comprende la

inteligencia, prudencia, justicia y valentía (Legg. III 688a-c), en especial hacia la inteligencia, que es “el primer bien divino que gobierna a los restantes” (Legg. I 631c. pg.204) y extirpar la ignorancia, la necedad o carencia de razón al máximo (Legg. II 688e), que es “cuando el alma se opone a los conocimientos, las opiniones o a la definición (razón contenida en la ley), los principios que por naturaleza deben gobernar” en la ciudad como en el alma (Legg. III 689a. Pg. 318). Pues, “no se puede padecer mayor mal que el odiar los razonamientos”, lo que es igual a aborrecer la razón o argumentos, que implica el arte (ej., lógica y dialéctica) de los razonamientos (Phaedo. 89d. pg. 89, 90b; Pol. III 411d).

El peor enemigo de la ciudad infringe la ley y es aquel que esclaviza las leyes poniéndolas al servicio de los hombres, somete la ciudad a una facción, y todo esto lo hace con violencia despertando la discordia civil (Legg. IX 856b). Asimismo, el que no participa en ninguno de esos hechos, pero tiene algún cargo importante y esto le pasa inadvertido o “por cobardía no aplica el castigo en defensa de su patria, hay que pensar que tal ciudadano es segundo en maldad” y “todo hombre que tenga la menor utilidad debe denunciar a las magistraturas y llevar a juicio al que confabula por intento de subversión violenta e ilegal del orden público” (Legg. IX 856b-c. pg. 132-133).

La ley no debe estar dominada, sino que debe ejercer dominio sobre los gobernantes y los gobernantes ser esclavos de las leyes, para que esa ciudad pueda “tener todos los bienes que los dioses conceden a las ciudades” (Legg. IV 715d. pg. 374). La excepción del enunciado anterior se produciría cuando un hombre, con una capacidad natural dada por un destino divino, obtuviese el poder, entonces no necesitaría que las leyes lo gobernarán, pues “ni la ley ni ningún orden es mejor que la ciencia, ni es justo que la inteligencia obedezca a nada ni sea esclava de nada, sino que debe gobernar todas las cosas, si realmente es verdaderamente libre por naturaleza” (Polit. 293c-e; Legg. IX 875c-d. pg. 172), pero como no existe en ningún lado sino en poca medida, lo segundo mejor es la ley y el orden (Legg. IX 875c-d).

La Ley y los Infortunios

En cuanto a los infortunios, sufrimientos o desgracias de la vida, un hombre razonable modera su dolor, sobrelleva con mayor facilidad que otros y tendrá un comportamiento calmo, que siempre es semejante a sí mismo, pues la razón y la ley lo inducen a resistir (Pol. X 603e, 604a-e). La ley reconoce que lo mejor es guardar la calma en los infortunios y no enfrentarlos coléricamente, porque “no está claro qué hay de bueno y de lo malo en tales sucesos”, además, “ninguno de los asuntos humanos es digno de gran inquietud” (Pol. X 604b-d. pg. 472). Por consiguiente, se debe “acostumbrar al alma a darse a la curación rápidamente y a levantar la parte caída y lastimada, suprimiendo la lamentación con el remedio” (Pol. X 604d. pg. 472), sin embargo, la parte irracional del hombre, que es perezosa y amiga de la cobardía, es inconsolable y por su naturaleza deseosa de quejas y lágrimas, conduce al recuerdo de algún sufrimiento acontecido, y en atención a ello, los poetas han fomentado y satisfecho esa parte del alma entre la multitud (Pol. X 604d, 606a).

Los Poetas y el Mal

Por nada “vale la pena descuidar la justicia o el resto de la excelencia”, ni por honores, riquezas, cargos, ni por la poesía (Pol. X 608a. pg. 478). Consiguientemente, no se debe tomar en serio la poesía que no esté adherida a la verdad y la bondad, por no ser provechosa para el alma, sino hay que estar en guardia contra ese tipo de poesía, protegiendo el gobierno del alma y del Estado (Pol. X 607a-d, 608a). Por tanto, en un Estado en el que reine la ley y la razón, más no el placer y el dolor, sólo se debe admitir en referencia a la poesía “los himnos a los dioses y las alabanzas a los hombres buenos” (Pol. X 607a. pg. 476).

Por tanto, se debe supervisar a los poetas para que hagan poemas de buen carácter y a los artesanos “en las imitaciones de seres vivos”, impedirles representar “lo malicioso, intemperante, servil e indecente”, al igual que en “edificaciones o en cualquier otro producto artesanal” (Pol. III 401b. pg. 175). Así, los ciudadanos no acumularán imágenes maliciosas en sus almas y con artesanos siguiendo la belleza, los jóvenes desde una tierna infancia se dirigirán hacia “la afinidad, amistad y la

armonía con la belleza racional” (Pol. III 401c-d. pg. 176). Efectivamente, los poetas no deben componer “nada que se aparte de lo que es costumbre, justo, bello o bueno a los ojos de la ciudad” (Legg. VII 801d. pg. 34).

La parte irritable (irracional, perezosa y amiga de la cobardía) del alma, cuenta con imitaciones variadas, pero el carácter sabio y calmo, siendo siempre semejante a sí mismo, no es fácil de imitar ni de asimilar por los hombres que ven la imitación en un teatro (Pol. X 604e). El pintor o el poeta imitativo, no es compatible por naturaleza con la mejor parte del alma ni busca agradarla, es precisamente por su naturaleza inferior, que produce imitaciones de carácter irritable y variado, además, debido a que estos caracteres son fáciles de imitar, produce cosas inferiores en relación a la verdad (Pol. X 605a). De modo que estas artes despiertan, alimentan y fortalecen a la peor parte del alma, menoscabando la parte racional y un poeta de este tipo es igual al “que hace prevalecer políticamente a los malvados y les entrega el Estado, haciendo sucumbir a los más distinguidos”, por tanto, no se deberá permitir en un Estado bien legislado (Pol. X 605b. pg. 473).

El poeta imitativo se encuentra distante de la verdad y puede dañar a los hombres de bien pues “implanta en el alma particular de cada uno un mal gobierno, congraciándose con la parte insensata de ella” (Pol. X 605b-c. pg. 474). Esto se puede apreciar al escuchar a Homero o a un poeta trágico que imita a algún héroe (ej., un hombre bueno) en una aflicción, y el héroe se extiende en lamentos “cantando y golpeándose el pecho”, todo ello produce regocijo, abandono de sí mismo, simpatía y un elogio como buen poeta (Pol. X 605d. pg. 474). Esa experiencia de ver con simpatía una aflicción externa, revierte sobre el espectador, pues al alimentar la conmiseración de otros, no es sencillo de reprimir en los padecimientos de ese espectador (Pol. 606b). En efecto, esos comportamientos son en realidad vergonzosos y femeninos, contrarios al poder de la calma correspondiente a un varón de carácter sabio (Pol. X 605e).

La razón reprime el impulso juvenil de reírse por cosas vergonzosas “por temor a la reputación de payaso”, pero en la comedia, en la que se escuchan ridiculeces que al espectador le avergonzaría decir, éste se regocija en vez de detestarlo como

perversidad y fomenta el ser un comediante en la charla cotidiana (Pol. X 606c. pg. 475). Igualmente, la imitación poética en lo concerniente a las pasiones sexuales, la cólera o apetitos del alma dolorosos o placenteros, las instituye como gobernante interior del alma, en vez de hacerlas “obedecer para que nos volvamos mejores y más dichosos en lugar de peores y más desdichados” (Pol. X 606d. pg. 475-476).

Bdigital.ula.ve

CAPITULO V

EL CUERPO Y LA FILOSOFIA, LO BUENO Y LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

El Cuerpo Como un Mal, la Filosofía y el Alma Como un Bien

El cuerpo por naturaleza tiene un sin número de necesidades, hay que alimentarlo, le sobrevienen enfermedades, nos llena de amores, temores y deseos, que turban cualquier indagación, por lo cual con el cuerpo “no nos es posible meditar nunca nada” (Phaedo. 66c. pg. 44). Al meditar, el cuerpo turba y confunde el alma y no le permite contemplar la verdad (Phaedo. 66d).

Cuando el alma usa algún sentido del cuerpo para considerar algo, teniendo presente que el cuerpo atiende las cosas mediante los sentidos, el alma es llevada por el cuerpo hacia cosas que son mutables “y ella se extravía, se perturba y se marea como si sufriera vértigos” por unirse con cosas de esa naturaleza (Phaedo. 79c. pg. 70). Pero cuando ella examina las cosas por sí misma sin el cuerpo, se dirige a lo que es puro, eterno, inmortal, inmutable, que es de su misma naturaleza, y estando unida a lo que no cambia se mantiene consigo misma, libre del extravío, justamente este estado del alma es la meditación (Phaedo. 79d).

Cuando el alma está ligada al cuerpo por las pasiones, está forzada a examinar la realidad a través del cuerpo, como en una prisión oscura que da vueltas en una total ignorancia y no la examina por ella misma (Phaedo. 82e). No obstante, cuando la filosofía está a cargo del alma, intenta liberarla y le muestra que el examen a través de los sentidos está llenos de engaño y la persuade a hacer uso de ellos sólo por necesidad, aconsejándole que se encierre y se recoja en sí misma, que sólo crea en su testimonio, después de haber examinado dentro de sí misma lo que cada cosa es en su esencia (Phaedo. 83b-c).

Si queremos saber algo de verdad, es preciso abandonar el cuerpo y que sólo el alma examine “los objetos reales en sí”, así se alcanzará la sabiduría, si bien ella se alcanzaría después de la muerte, no en vida (Phaedo. 66d-e. pg. 44). Entonces, si no es posible conocer con el cuerpo nada en su pureza, una de dos, o no es posible adquirir nunca la sabiduría o sólo muertos estando el alma libre del cuerpo, consigo misma, aunque en vida se estará más cerca del saber, en la medida en que nos separemos del cuerpo, cediendo sólo a la necesidad (Phaedo. 66e, 67a). No es permitido alcanzar lo puro al que no es puro, pero al estar desprendidos de la insensatez del cuerpo y en compañía de lo semejante al alma, se conocerá lo puro (la esencia pura de las cosas), que es lo verdadero (Phaedo. 67b).

Los verdaderos filósofos no se centran en el cuerpo y sus placeres, sino que procuran separarse de él en cuanto les es posible, para ocuparse sólo del alma (Phaedo. 64d-e), así, el filósofo se esfuerza en desligar su alma del vínculo con el cuerpo (Phaedo. 65a). El alma del filósofo tiene la razón como guía, mantiene las pasiones en calma, contempla continuamente lo verdadero, lo divino, lo inmutable, se alimenta con ello y está persuadida que debe vivir así mientras esté vinculada al cuerpo, para que luego en la muerte, se vincule (de nuevo) a lo que es de su misma naturaleza, estando libre de todos los males que afligen al hombre (Phaedo. 84a-b).

El alma del verdadero filósofo, se aparta en cuanto le es posible de los placeres, pasiones, tristezas y temores, reflexionando en que siempre que experimenta estas afecciones no sólo experimenta los males sensibles, sino el más grande de los males (Phaedo. 83b-c), que consiste en que el alma es obligada a considerar que lo que siente, sea placer o aflicción, es muy verdadero y real cuando no lo es (Phaedo. 83c). Pero ese es el efecto de las cosas visibles y cuando se experimenta esta clase de sensaciones, el alma se encadena más al cuerpo (Phaedo. 83c-d). Pues estas sensaciones (ej., placer o tristeza) atan el alma al cuerpo, haciéndola corpórea, tanto que le produce “la opinión de que son verdaderas las cosas que entonces el cuerpo afirma” o la hace sentir, naturalmente, al tener las mismas opiniones que el cuerpo “y alegrarse con sus mismas cosas, se ve obligada” “a hacerse semejante en carácter e inclinaciones a él”, por lo cual, después de la muerte se encuentra imposibilitada de

llegar pura al Hades, por estar manchada del cuerpo, haciendo que entre en otro cuerpo y así se verá privada “de la comunión con lo divino, puro y uniforme” (Phaedo. 83d-e. pg. 78).

El alma de naturaleza superior o filosófica es rara y surge pocas veces (Pol. VI 491b, 495b), posee cualidades naturales superiores como “la facilidad para aprender, la memoria, la valentía y la grandeza de espíritu” (Pol. VI 494b. pg. 310), pero los bienes como “la belleza, la riqueza, la fuerza corporal, las conexiones políticas influyentes y todo lo afín a estas cosas”, pueden corromperla y apartarla de la filosofía (Pol. VI 491c). Igualmente, esa alma dotada que es de mejor naturaleza, sí es mal nutrida (ej., educada), crece en un lugar inadecuado o es educada por el mal, se volverá más mala que una mediocre, causando “los peores males a los Estados y a los particulares”, pues un alma de naturaleza mediocre no causa los mayores delitos ni la mayor maldad, sino que eso lo causa un alma “vigorosa que ha sido corrompida por la nutrición” y tampoco una naturaleza pequeña o débil “causa grandes bienes o grandes males” (Pol. VI 491e. pg. 307; 495b. pg. 312).

Hacer lo Bueno (Bien) es Ser Semejante a lo Divino

“Lo bueno no es causa de todas las cosas; es causa de las cosas que están bien, no de las malas” (Pol. II 379b. pg. 139). En cuanto a dios y el mal, por medio de Sócrates, se establece que es bueno y nada que sea bueno es perjudicial, no perjudica y no produce algún mal, por lo cual, no podría ser causa de un mal (Pol. II 379b). “Dios es bueno, no podría ser causa de todo”, “sería sólo causante de unas pocas cosas que acontecen a los hombres, pero inocente de la mayor parte de ellas” (Pol. II 379c. pg. 139).

El que ha de ser amado por dios ha de ser semejante a él (Legg. IV 716c), así, “el prudente...es querido por el dios, pues es semejante” (Legg. IV 716d. pg. 376). Para alcanzar la vida feliz, el bueno hace plegarías y ofrendas para relacionarse con los dioses, lo cual es bello y lo mejor, pero el malo que tiene un alma impura, le es imposible que el dios reciba sus presentes, por lo que son vanos los “afanes por los

dioses de los impíos, pero para todos los piadosos sería lo más oportuno” (Legg. IV 716e, 717a. Pg. 376).

“A los dioses no se les escapa cómo son el hombre justo y el injusto”, por lo cual “uno será amado por los dioses y otro odiado” (Pol. X 612e. pg. 485). En efecto, el justo y practicante de la virtud, al ser semejante a un Dios es “amado de los dioses todo cuanto procede de éstos resulta del mejor modo, salvo que le corresponda un mal necesario procedente de una falta anterior”, quizá cometida en otra existencia (Pol. X 613a. Pg. 485). Lo cual supone que un varón justo practicante de la virtud, aunque viva en la pobreza o con enfermedades o con algún otro mal, terminará bien para él, sea en la vida o en la muerte, pues no es descuidado por los dioses (Pol. X 613a-b).

Hacer lo Bueno es un Deber Filosófico

Todas las cosas se deben hacer buscando el bien, debe ser el fin de todas las acciones y no hacer el bien por las demás cosas (Gorg., 499e), “por el bien se debe hacer lo agradable (ej., lo agradable en vista de lo bueno) y las demás cosas, pero no el bien por el placer”, pero no todos son capaces de discernir los placeres buenos de los malos (Gorg., 500a. pg. 106).

Platón en el diálogo de la Apología narró el juicio a Sócrates, al cual consideró “el hombre más justo de su época” (Ep. VII 324e. pg. 487). Narró la firmeza de éste en su labor filosófica y su congruencia con sus indagaciones, creyendo que su servicio filosófico era el mayor bien para la ciudad, puesto que dios se lo había ordenado, a pesar de que pudiera peligrar su vida (Apol. 28e; Apol. 30a) y aún si lo hubiesen desterrado no hubiese podido callar pues hubiese desobedecido a dios, lo cual hubiese implicado una vida intranquila (Apol. 38a). Sócrates estuvo convencido de que cometer injusticias es malo y vergonzoso, como también desobedecer al que es mejor, sea dios o sea hombre, de esos males fue temeroso y huyó, pues supo con certeza que son verdaderos males (Apol. 29b). En conformidad con ello, lo que un hombre debe examinar primordialmente es si en cualquier obra o acción hace lo que es justo o injusto (Apol. 28b).

Sócrates sostuvo que por encima de cualquier amenaza, como la cárcel o la muerte, su cuidado fue no cometer impiedades e injusticias, no cedió ante nadie que fuese en contra de la justicia (Apol. 32d, 33a). Tampoco llevaría a cabo actos que no tuviera por “buenos, justos, ni piadosos” (Apol. 35c-d. pg. 177) y tampoco emplearía escenas miserables o suplicas a los jueces para moverlos a compasión y salvar su vida, ya que hubiese sido una vergüenza, cobardía y afrenta en contra sí mismo y contra la ciudad, poniéndola en ridículo, pues extranjeros verían que los atenienses, teniendo reputación de ser superiores por ser valerosos, sabios o por alguna virtud, en nada se diferencian de las mujeres, por demás, el juez debe absolver por la justicia en función de las leyes, no por suplicas (Apol. 35a-d, 38d).

Todavía Sócrates procuró a los atenienses el mayor bien de todos, que consistía en persuadirlos a que atendiesen el cuidado de ellos mismos, haciéndose sabios y sensatos, lo cual produce la verdadera felicidad, en vez de atender las cosas que les pertenecen (Apol. 36c-d). Pues el mayor bien del hombre es hablar de la virtud todos los días, examinándose a sí mismo o a los demás, dado que una vida sin examen no tiene objeto vivirla, no es vida (Apol. 38a). Pidió a los atenienses que cuando los hijos de él fuesen mayores, sí prefiriesen o se ocupasen más de las riquezas o de cualquier cosa antes que de la virtud y si creen ser algo no siendo nada, los hostiguen, reprochen y avergüencen, como Sócrates hizo con ellos (Apol. 41e).

Del mismo modo, hubiese seguido obedeciendo a Dios, filosofando y exhortando a los atenienses (que vivían en la ciudad más prestigiosa en sabiduría y valor), pues es vergonzoso no preocuparse e interesarse por la verdad, la sabiduría y por hacer que sus almas sean tan buenas como puedan serlo, sino que se preocupan por amontonar riquezas, adquirir fama y honores (Apol. 29d-e). Aún más, si alguno le hubiese declarado que cuidaba su alma, Sócrates lo hubiese interrogado y si encontrase que no era virtuoso, sino que lo aparentaba, le reprocharía que tiene en menos lo más digno y en mucho lo de menor valor (Apol. 29e).

Por otro lado, Sócrates en su defensa, mencionó que el mal no puede nada contra el hombre de bien, aún sí lo condenaban a muerte, al destierro o a la pérdida de bienes y de derechos de ciudadano, pues aunque son males, a juicio de Sócrates, es un mal

mucho mayor intentar condenar injustamente a un hombre a la muerte (Apol. 30d). Coincidiendo con la idea anterior, Platón explica (en relación a Dionisio y Dios) que aquel que “aspira el soberano bien para sí y para la ciudad cualquier cosa que le ocurra es justo y bueno” (Ep. VII 334e. pg. 503).

Así declaró Sócrates “no existe mal alguno para el hombre bueno, ni cuando vive ni después de muerto, y que los dioses no se desentienden de sus dificultades”, a pesar de que sus acusadores no tuvieron la intención de hacerle un bien sino un mal, pero dado que fue guiado por la voz divina y no hubo ninguna señal que le indicara otra cosa, no era casualidad su condena a muerte, con todo se podrá liberar de los disgustos de la vida (Apol. 41d. pg. 185-186).

Hacer el Bien Tiene Beneficios Aún Después de la Muerte

La muerte es “la separación del alma del cuerpo” (Phaedo. 64c. pg. 40) o “la separación y liberación del alma del cuerpo” (Phaedo. 67d. pg. 46). Sócrates hubiese tenido aflicción por la muerte, si no hubiese creído que en el otro mundo se encontraría con dioses buenos y sabios, y con hombres más buenos que los que dejaba en el mundo (aunque no lo aseguraría del todo), así, la muerte para los buenos es mucho mejor que para los malos (Phaedo. 63b-c).

Sócrates luego de su condena, expresó que para él la muerte es un bien y no un mal, dado que el dios o demonio familiar, esa voz divina que le guiaba, no le advirtió o retuvo como acostumbraba cuando iba a hacer algún mal o algo incorrecto (Apol. 40a-c). La razón que expuso fue que, o la muerte es una privación de todo sentimiento o un tránsito del alma de un lugar a otro. Si es privación de toda sensación, es un dormir pacífico que no es turbado por ningún sueño, y si es un tránsito de un lugar a otro, entonces en el Hades están todos los que han vivido, los verdaderos jueces, los semidioses que han sido justos durante su vida, con lo cual Sócrates, como lo había venido haciendo, seguiría interrogando y examinando a todos estos personajes para distinguir los sabios de los que creen serlo y no lo son (Apol. 40c-e; 41a-b).

El alma que se separa pura, al llegar al Hades, no arrastrando nada del cuerpo, habiendo pasado la vida huyéndole sin tener voluntariamente con él ningún comercio, sino que concentrándose en sí misma y meditando siempre, es decir, filosofando rectamente y aprendiendo a morir, en esta condición “se va hacia lo que es semejante a ella, lo invisible, lo divino, inmortal y sabio”, entonces, allí goza de la felicidad, “apartada de errores, insensateces, terrores (temores), pasiones salvajes (amores tiránicos), y de todos los demás males humanos”, pasa toda la eternidad con los dioses (Phaedo. 80d-e, 81a. Pg. 72-73).

El hombre que en su vida ha renunciado a los “placeres del cuerpo y sus adornos, considerando que eran ajenos y debía oponerse a ellos”, y que se esforzó en los placeres que da la ciencia y ha adornado su alma con lo propio de ella, “con la prudencia, la justicia, el valor, la libertad y la verdad”, ese hombre debe esperar tranquilamente la hora de su partida al Hades (Phaedo. 114e, pg. 136. 115a).

“Los que se estima que se distinguieron por su santo vivir”, “ascienden a la superficie para llegar a la morada pura (Islas de los Bienaventurados) y establecerse sobre la tierra, de entre ellos los que se han purificado en el ejercicio de la filosofía, viven sin cuerpos para todo el porvenir y van a parar a moradas aún más bellas que éstas” (Phaedo. 114b-c.pg. 135).

El Mal Tiene Consecuencias Negativas Después de la Muerte

Debido a que el alma es inmortal y estará sometida a jueces, podrá sufrir castigos terribles cuando se separe del cuerpo (Ep. VII 335a), pero luego de la muerte en el Hades, si se tuvo por superior la justicia, aún por sobre los hijos, la vida o cualquier cosa, el alma tendrá con que defenderse delante de los jueces que gobiernan allí (Crit. 54b). Por lo cual se debe considerar “un mal menor el ser víctima de grandes crímenes o injusticias que cometerlos”, pero “el hombre ansioso de riquezas y pobre de espíritu no escucha este tipo de razonamientos, y si los oye, piensa que debe burlarse de ellos”, y como animal salvaje se lanza sobre todo lo que sea capaz de comer o beber o “sobre lo que pueda proporcionarle hasta la saciedad ese placer rastrero y burdo mal llamado amor” (Ep. VII 335a-b. pg. 503).

Este tipo de hombre “está ciego y no ve el mal tan grande unido a cada uno de sus delitos, la impiedad que acompaña a sus latrocinios, impiedad que...debe arrastrar al delincuente mientras ande dando vueltas por la tierra y cuando regrese a las moradas subterráneas, en un viaje vergonzoso y miserable” (Ep. VII 335c. pg. 503-504). En la muerte estando el alma sin el cuerpo, el juez puede ver que el injusto, como resultado de sus acciones, tiene el alma azotada y con cicatrices, torcida por la mentira y la vanidad, porque ha vivido lejos de la verdad; asimismo, “la intemperancia de sus actos han llenado su alma de desorden e infamia”, por tanto, ésta alma la envía a una prisión vergonzosa en la que debe sufrir los castigos adecuados (Gorg., 525a. pg. 142).

El alma sin el cuerpo que está “contaminada e impura, por su trato continuo (excesivo) con el cuerpo y por atenderlo y amarlo, estando incluso hechizada (embriagada) por él, y por los deseos y placeres, hasta el punto de no apreciar como verdadera ninguna otra cosa sino lo corpóreo, lo que uno puede tocar, ver, y beber y comer y utilizar para los placeres del sexo”, que aborrecía, rechazaba y odiaba lo que es oscuro e invisible para sus ojos, pero inteligible y aprehensible sólo por el entendimiento y la filosofía (Phaedo. 81b. pg. 73). Esas almas malas que no han abandonado el cuerpo del todo purificadas, han sido deformadas por el cuerpo, por su atención excesiva, haciéndose pesadas y terrestres, arrastradas hacia lo “visible, por temor a lo invisible y al Hades”, estarán errantes por cementerios como fantasmas (Phaedo. 81c-d. pg. 73).

Esas almas que tienen anhelo por lo corporal, quedan de nuevo ligadas a un cuerpo y a las mismas costumbres de su primera vida, por ejemplo, las que se han dedicado a los banquetes, la lujuria e intemperancia que no se hayan moderado, entran probablemente en cuerpos de asnos o animales semejantes (Phaedo. 81d-e). También las almas que han amado “las injusticias, tiranías y rapiñas”, van a animar cuerpos de lobos, gavilanes y halcones, pues cada una de esas almas irán asociadas a cuerpos semejantes a “sus hábitos anteriores” (Phaedo. 82a. Pg. 75).

Las más dichosas de entre estas almas, como las que han ejercitado “la virtud democrática y política, esa que llaman cordura y justicia que se desarrolla por la

costumbre”, “sin apoyo de la filosofía y la razón”, van a un lugar más agradable, pues entran en cuerpos de animales pacíficos y dulces, como abejas, avispas, hormigas o también vuelven a ocupar cuerpos humanos para formar hombres de bien (Phaedo. 82a-b. pg. 75). Sin embargo, las que no filosofaron en su vida y no han salido del cuerpo puras, no se les permite acceder a la naturaleza de los dioses, pues sólo es posible a los filósofos de verdad, los cuales rechazaron todas las pasiones (deseos) del cuerpo no entregándose a ellas (Phaedo. 82b-c).

Luego de la muerte, los que han cometido los más graves crímenes, que son mayormente los poderosos como los “tiranos, reyes, príncipes y de los que gobiernan las ciudades” y no les es posible la curación de su injusticia por el castigo, si bien para ellos no tiene utilidad, sirven como ejemplo en el Hades a los que les ven padecer; esos dolores y sufrimientos eternos sirven de espectáculo y advertencia a los otros culpables que llegan al Hades (Gorg., 525c-e).

Consecuentemente cometer injusticias es temible, puesto que descender al Hades con el alma llena de crímenes, es el más grave de todos los males (Gorg., 522e). En efecto, el “injusto e impío debe ir a la cárcel de la expiación y del castigo, que laman Tártaro” y el que ha llevado una vida justa y piadosa a las Islas de los Bienaventurados, dónde estará libre de todo mal y en la mayor felicidad (Gorg., 523b. pg. 139). Pero “si la muerte fuera la disolución de todo (existencia), sería para los malos una suerte verse libres del cuerpo y de su maldad, a la par que del alma” (Phaedo. 107c. pg. 123).

CAPITULO VI

LA EDUCACIÓN CONTRA EL MAL

¿Hacia qué Debe Apuntar la Educación?

En la República se expresa que los mayores delitos y la mayor maldad, no provienen de una naturaleza mediocre, sino de una fuerte (vigorosa o mejor) que ha sido corrompida por una mala educación; en este sentido, si la mejor naturaleza es mal educada puede causar los peores males, pero si es bien educada los más grande bienes (Pol. VI 491d-e, 495b). Puesto que una naturaleza pequeña o débil no hace nada grande, ni un mal ni un bien grande a nadie, sea a un Estado o a un particular (Pol. VI 495b).

La educación “es el más importante bien que los hombres mejores pueden adquirir” (Legg. I 644b. pg. 229). En términos generales es “la crianza correcta que conducirá en mayor medida el alma del que juega al amor de aquello en lo que, una vez hecho hombre, él mismo deberá ser perfecto en la especificidad de la cosa”, es decir, como adiestramiento para un oficio particular (Legg. I 643d. pg. 228). Sin embargo, la definición anterior es limitada, pues desde niños la verdadera educación debe dirigirse a la virtud, “la que lo hace deseoso de convertirse en un ciudadano perfecto, que sabe gobernar y ser gobernado con justicia” (Legg. I 643e. pg. 228-229). Por tanto, “los que han sido correctamente educados llegan a ser en general buenos” (Legg. I 644a. Pg. 229). También se añade que “la buena crianza debe poder producir claramente los más bellos y mejores cuerpos y almas” (Legg. VII 788c. pg. 9).

La educación del ciudadano consiste en conducir a los niños hacia lo que se debe amar (ej., lógos= razón, discurso o definición) y odiar, en correspondencia con la ley de la ciudad (Legg. II 653b-c, 659d). Como la educación verdadera está dirigida y consiste en la virtud, desde que se es niño puede surgir la virtud temprana, sin que

ellos comprendan con la razón las definiciones correspondientes a la virtud, sin embargo, se conducen correctamente en lo referente al placer, el dolor, odio y el amor (Leyes II 653a-b). Por consiguiente, en las almas de los niños en las que se inculque correctamente el “placer, amistad, dolor y odio”, producto de las “costumbres adecuadas” de la ciudad, y que posteriormente alcancen a comprender la razón de ello, esa es la virtud plena, de otro modo, la virtud integra es la coincidencia entre la comprensión y la conducta; cuando se da la coincidencia entre la costumbre o la vivencia práctica y la comprensión de la razón de lo que es necesario odiar y amar (Legg. II 653a-c. pg. 243).

¿De qué Debe Ocuparse la Educación?

Se deben enseñar materias útiles para la guerra y para la formación intelectual, indistintamente todos (ej., todo hijo de vecino) deben recibir formación pública obligatoriamente, “puesto que pertenecen a la ciudad más que a sus progenitores”, también, las mujeres deben practicar ejercicios iguales a los hombres, por ejemplo en gimnasia y equitación (Legg. VII 804d-e. pg. 40-41). Las mujeres deben participar en la educación similar a los varones (Legg. VII 805d).

La educación debe ocuparse primero en la música para el alma y luego en la gimnasia para el cuerpo (Pol. II 376e, VII 521e). Ambas artes se dirigen a la valentía y al deseo de saber (Pol. III 411e). La música propicia el buen estado del alma, como la moderación (Pol. III 410a), por medio de “acordes armoniosos y movimientos rítmicos” y palabras afines a ello (Pol. VII 522a. pg. 549) y la gimnasia, en base a la danza y la lucha, propicia el buen estado del cuerpo como la fuerza, salud y una buena forma física, pero ambas materias de estudio (artes o formas de educación) implementadas armónicamente, cuidan el alma y hacen que sea valiente y sabia (Legg. VII 795d, 796a; Pol. II 376e, III 410c-e).

La gimnasia implica “todos los ejercicios físicos relacionados con la guerra del arte del arquero y de todo tipo de lanzamiento”, “la infantería liviana y de toda clase de lucha con armas pesadas, de los movimientos tácticos, y de toda forma de marcha

de ejércitos y de orden en campamentos y de todas las disciplinas hípicas” (Legg. VII 813d-e. pg. 55).

La importancia de la aritmética se subraya en que “ninguna materia educativa tiene un poder tan grande para la organización de la casa, para el orden político y para todas las artes como la ocupación con los números (aritmética)” (Pol. V 747b. pg. 433) y el cálculo como arte divino despierta al lento, dormido y necio, convirtiéndolo en rápido, listo, memorioso y agudo (Legg. V 747b, VII 817e, 819c; Pol. VII 522c, 526a-b), además, ese tipo de arte parece “obligar al alma a servirse de la inteligencia misma para alcanzar la verdad misma” (Pol. VII 526b. pg. 355).

La aritmética favorece “el aprendizaje de las formaciones, las marchas y las campañas de los ejércitos y también en la administración de las casas y,” “hacen a los hombres más útiles y más despiertos que ellos mismos”, y “las mediciones en lo que hace a todo lo que tiene longitud, superficie y profundidad, los libran de una cierta ignorancia ridícula y vergonzosa que existe por naturaleza entre todos los hombres” (Legg. VII 819c-d. pg. 66). También, medir, contar y pesar son auxiliares del alma razonada (la mejor parte del alma) con lo cual permite evitar la falta de claridad y el error en nuestra alma, por ejemplo, en cuanto a lo que parece mayor o menor, más numeroso o más pesado (Pol. X 602d-e).

Otra materia de estudio es la astronomía, que comprende “el estudio de las revoluciones de los cuerpos celestes, cómo es el movimiento natural de los unos en relación con los otros” (Legg. VII 817e. pg. 63). Un hombre divino es capaz de reconocer los números, contar, calcular la noche y el día, “las revoluciones de la luna, el sol y los demás cuerpos celestes (dioses celestes)”, pues estos conocimientos son indispensables “para el que va a poseer cualquiera de los conocimientos más hermosos” (Legg. VII 818c. pg. 64-65).

En la música, los ritmos y la melodía han de ser los propios de una vida ordenada y valerosa (Pol. III 399e-400a), dado que “la falta de gracia, de ritmo y armonía se hermanan con el lenguaje grosero (fealdad del lenguaje) y con el mal carácter” (Pol. III 401a. Pg. 175),

“El placer es común a todo tipo de música” (Legg. VII 802c. pg. 36), pero la música (y el canto) más conveniente o correcta, no sólo se puede juzgar por el placer que produce a la multitud, sino que esta tarea es más apropiada para aquel quien ha sido educado, dado que la mejor música deleita a aquel que se distingue por la virtud y educación (Legg. II 659a, 668a-c). Coincidiendo su carácter con el placer de la música a la que se asemeja (Legg. II 655e). Pues, si “desde niño hasta la edad adulta” uno se ha “criado en un tipo de música sobria y ordenada, al escuchar la contraria, la odia y la llama servil”, y “si se ha criado en la popular y dulce, dice que la contraria a ella, es fría y desagradable”, entonces, “el placer y displacer no son mayores en ninguno de los dos casos”, no obstante, en el primer caso, los hombres educados en el placer los hace mejores, mientras que los otros los hace peores (Legg. VII 802c-d. pg. 36-37).

Recibir una buena educación incluye la instrucción musical; “el que haya recibido una buena educación debería ser capaz de cantar y bailar bien”, pero sólo “si canta asuntos bellos y baila temas bellos” (Legg. II 654a-c. pg. 246-247). Por ende, se debe buscar la más bella, en el canto y la música, y no sólo la que es placentera (Legg. II 668b), pues todo esto es lo acorde con la conducta de los hombres prudentes, valientes y buenos (Legg. II 655a-b; 660a).

La Educación Temprana como Simulacro Hacia el Bien

“El niño es la más difícil de manejar de todas las bestias, en la medida en que no tiene disciplinada la fuente de su raciocinio, se hace artero, violento y la más terrible de las bestias” (Legg. VII 808d. pg. 47). Por lo demás, dado “que el comienzo es la mitad de toda obra y todos siempre alabamos el buen comienzo” (Legg. VI 753e. pg. 442), se ha enfatizado que desde edades tempranas se tenga un buen comienzo con una educación correcta, pues en las etapas iniciales de la vida se establece el modelo de lo que se pretende llegar a alcanzar (Legg. V 765e; 753e-754a; Pol. 377a-b). Es en esa etapa especialmente, cuando se desarrolla “todo el carácter a través del hábito” (Legg. VII 792e. pg. 17).

Con un enfoque temprano, si los niños “fueran educados bien, llegarían a ser hombres buenos” y “les iría bien en el resto de las cosas y, además, vencerían a los enemigos en la batalla” (Legg. I 641b-c. pg. 223). Este tipo de educación implicaría que desde una edad temprana tendrían contacto a través del juego, con instrumentos o situaciones semejantes a aquello en lo que se pretende tener un buen desempeño en edades posteriores; de modo que por medio de los juegos se busca dirigir “los placeres y deseos de los niños” “hacia la meta que ellos mismos alcanzarán cuando hayan madurado” (Legg. I 643b-d. pg. 228).

El alma de los niños de tres hasta seis años “necesita de juegos, aunque es necesario ya aplicar correctivos”, pero sin humillarlos (Legg. VII 793e. pg. 19). Los castigos deben ser los justos o adecuados, procurando que la conducta del niño se dirija hacia lo bueno en función de las leyes (Legg. VII 808e-809a). A partir de los seis años, se separan por sexo para recibir su formación; “los varones deben ir con profesores para aprender a cabalgar, arrojar flechas, lanzar jabalinas y tirar con la honda”, “las mujeres, en caso de que estén de acuerdo”, deben al menos “completar su instrucción, sobre todo deben aprender a usar las armas lo mejor que puedan” (Legg. VII 794c-d. pg. 20). “El niño de diez años debe ir unos tres años a aprender a leer y a escribir” y empezar a tocar la lira a los trece años, por unos tres años (Legg. VII 809e-810a. Pg. 49).

Las muchachas deben “haberse entrenado en todo tipo de danza y lucha con armas”, en seguida, como mujeres han de “saber ejecutar las evoluciones militares y formar las órdenes de combate, así como presentar y esgrimir las armas”, por si fuera “necesario que todos salgan de campaña con toda su fuerza militar y dejen la ciudad”, para que “los que han de cuidar a los niños y el resto de la ciudad sean capaces de” atacar o si una batalla se da en la propia ciudad, tuvieran que defenderla (Legg. VII 813e-814a-b. pg. 56). Así, “las mujeres no deben desinteresarse” “de los asuntos relacionados con la guerra, sino que deben empeñarse en ello todos los ciudadanos y las ciudadanas” (Legg. VII 814c. pg. 56).

El equilibrio entre la dureza y la blandura en la educación debe propiciarse desde muy temprano, pues “la blandura y disipación hace los caracteres de los jóvenes

malos, irascibles y excitados por muy pequeños asuntos”, pero, “el sometimiento total y salvaje” los hace “pusilánimes, serviles y misántropos” (Legg. VII 791d. pg.15). “La vida correcta no debe perseguir los placeres, ni tampoco huir de los dolores, sino aceptar con alegría el justo medio, que puede tener el nombre de apacibilidad”; el que “vaya a ser divino debe perseguir ese estado” (Legg. VII 792d. pg.16). También los muchachos deberán dominar los placeres sexuales, inculcándoles desde niños que la victoria sobre el placer es piadosa (sagrada) y más bella que la atlética, generando una vida feliz, también se deberá inculcar el temor a la impiedad y de que si son derrotados por el placer serán infelices; esto se hará por medio de encantamientos “en cuentos y cantándose en música y texto” (Legg. VIII 839c, 840b-c. pg. 102).

Por Medio de la Educación se Ejercitan y se Vencen los Temores

En el cuidado del alma es necesario educar la manera de ser intrépidos ante temores y temerosos ante el mal (miedo por vergüenza o pudor que es el temor divino), como en el caso de “intrepidez frente a enemigos” y “temor a una fea vergüenza frente a los amigos” (Legg. I 647a-c. pg. 235. III 671d). La intrepidez ante temores se educa enfrentándose “al miedo con ayuda de la ley” (Legg. I 647c-d. pg. 235). Ejercitándolo en la “lucha con sus propios placeres, enfrentándolo a la desvergüenza” (Legg. I 647c. pg. 236).

“La práctica de la valentía consiste en vencer desde la más tierna infancia los temores y miedos que nos atacan” (Legg. VII 791c. pg. 14). Por ejemplo, al ejercitar la valentía “luchando contra la cobardía que hay en él y vencéndola” es necesario luchar contra “placeres y deseos que lo impulsan a ser desvergonzado y a cometer injusticia” y vencerlos “con la ayuda de la palabra, la acción y el arte, tanto en los juegos como en las actividades serias” (Legg. I 647c-d. pg. 236). De esta forma se enfrentan los temores “con seguridad y sin grandes peligros” y luego honrando al que se comporte bien y valiente, y castigando al que mal y cobarde (Legg. I 648 b-c. pg. 237)

Por otro lado, en cuanto a ejercitar el pudor se debe “ser temerosos respecto del osar decir, sufrir o incluso hacer algo vergonzoso en cualquier ocasión” (Legg. I

649c-d), en situaciones en las cuales “al sufrirlas somos naturalmente osados y atrevidos al extremo”, como en el caso de encontrarse en un estado de “ira, amor, insolencia, ignorancia, avaricia, cobardía”, “riqueza, belleza, fuerza y todo lo que, embriagándonos con el placer, nos hace insensatos” (Legg. I 649c-d. pg. 239).

Bdigital.ula.ve

CAPITULO VII

CONCLUSIONES

Capítulo I: Características y consecuencias de la presencia del mal en el hombre.

Semejanza del mal

El mal no se parece a lo justo, bello, sano, valiente, sabio, ni fuerte, sino a lo injusto feo, enfermo, cobarde, insensato y débil; el malo es cobarde, insensato e ignorante, pues no se conoce ni a él, ni lo malo ni lo bueno, pero piensa que es astuto y sabio. Este engaño es reforzado por personas con las que pasa más tiempo, las cuales son semejantes a él, es decir, éstas refuerzan su ignorancia (un mal). De este modo, el malvado es inferior al sabio a causa de su ignorancia.

La ignorancia es como un vacío en el alma, pero que no busca llenarse, pues no desea, ni cree necesitar la sabiduría. Los ignorantes no son amigos de la sabiduría ni la buscan. Pero hay ignorantes que saben de su ignorancia, son amigos de la sabiduría y la buscan, con lo cual se apartan del mal.

Aunque lo semejante es amigo de lo semejante, los malos no son verdaderos amigos ni de los malos ni de los buenos, porque ellos son desemejantes a ellos mismos.

El mal extremo es infrecuente

La maldad extrema es poco común, pues todo extremo (exceso y defecto) es poco frecuente, no así el término medio que es más numeroso y común. El término medio en relación a la riqueza y la pobreza de los hombres y ciudades es lo más conveniente, pues produce estilos de vidas y gobiernos mesurados, justos e igualitarios. También en relación a los cuerpos, el término medio es lo más conveniente, pues produce prudencia y no insolencia ni osadía.

El mal en el hombre produce daño e incapacidad para el buen desempeño

Como el mal corrompe y destruye, el hombre malvado vive mal. Pero a cada cosa corresponde un mal, es decir, cada cosa tiene su propio mal que la afecta, como el

mal del cuerpo y el del alma. El mal se manifiesta en la incapacidad de desempeñarse bien en alguna función, por consiguiente, se tendrá un desempeño peor y más feo, aun queriendo desenvolverse bien. El bueno en alguna función tiene la capacidad de desempeñarse bien y mal en esa función, como en alguna habilidad física como cantar, correr, luchar o en alguna función sensitiva como oír, oler, ver. También en algún arte como en la medicina.

La capacidad del alma de hacer el mal

La mejor alma podrá desempeñarse bien o mal voluntariamente en cualquier arte en la que se considere más sabia o más fuerte. No así la mala que sólo puede desempeñarse mal. Pero si estas afirmaciones se relacionan con la justicia e injusticia, encierran una contradicción, pues un hombre justo, por su justicia, no podrá desempeñarse injustamente, aunque tenga el potencial de hacer injusticias por tener un alma mejor que el injusto.

Capítulo II: El alma, su naturaleza y su vinculación con el mal.

¿Cuál es la naturaleza del alma?

Para conocer el alma se requiere desligarla de su asociación con el cuerpo y contemplarla con el razonamiento, así se percibirá su semejanza a lo divino, inmortal, a lo inmutable, su amor a la sabiduría y al conocimiento verdadero. Por lo cual su placer armonizará con su semejante que es lo real y verdadero, dado que es de su misma naturaleza, no así el cuerpo que es semejante a lo mortal y a lo menos verdadero.

Las almas, antes de entrar en un cuerpo, que es como una prisión que rodea al alma, han de haber contemplado los seres verdaderos, aunque no se recuerden.

El alma es un dios que inicia el movimiento de todo y unida a la inteligencia que es un dios de los dioses, dirige todos los seres. Pero si el alma se une a la necesidad produce mal.

El alma como principio

El alma es el principio de todo, pero no tiene principio ni fin, es decir, es eterna, no procede de nada, es lo más antiguo de los seres, es principio del movimiento, el

origen del movimiento que se mueve a sí misma, es divina e inmortal pues se mueve siempre y gobierna todos los cuerpos.

Como el alma es principio de todo, también lo es del mal, de lo feo, lo injusto, la inmoderación, la cobardía y la ignorancia. Pero nada de estos males la puede destruir. Cuando el cuerpo del hombre muere, no lo hace su alma, pues es inmortal.

Lo más bello del hombre es el alma

El alma es lo más valioso y divino del hombre, es más precisa que el cuerpo. Engañarla en cuanto a lo verdaderamente valioso y no cuidarla es un mal. Siendo la mejor parte del hombre, su cuidado ha de ser prioritario, el cual gira en hacerla virtuosa.

El afán de riquezas se halla en el cuerpo, junto a las pasiones originan guerras en y entre las ciudades. Además, el amor a las riquezas hace que el hombre se esfuerce más en ellas, aun realizando acciones malas y deshonestas, que en lo más valioso del hombre.

Las fuerzas dentro del alma

En el alma hay una combinación de dos fuerzas, una parte es mejor y otra peor; la mejor es racional y la peor es salvaje. Sin embargo, al dormir puede ponerse en movimiento una tercera parte, la sabiduría, si antes de dormir se alimenta la mejor parte con bellos discursos y reflexiones, y se atenúan las necesidades físicas y la parte salvaje del alma. También Platón planteó que en el alma existe una combinación de tres partes, simbólicamente representados por dos caballos y un auriga. En los humanos el auriga dirige a un caballo bueno y otro malo. Así, tanto el bien como el mal conforman dos potencialidades en el alma del hombre.

La intemperancia, los placeres y el mal

La inmoderación es el deseo irreflexivo y desenfrenado del alma por el placer, que se produce en almas en las cuales no domina la razón, en cambio, las almas moderadas no son esclavas de los deseos, sino superiores a ellos. No obstante, la mayoría de los hombres viven de manera inmoderada, por ignorancia, por falta de continencia o por ambas cosas.

No siempre identificar el dolor con lo malo es correcto, hay que examinarlo según el caso, por ejemplo, el ejercicio corporal es doloroso pero bueno, ya que posteriormente produce mayor fuerza. Ahora, el placer no es un mal, pero sí lo es cuando se priorizan los placeres del cuerpo en forma inmoderada o cuando se es vencido por el placer por sobre los placeres del alma, en efecto, los placeres corporales son menos verdaderos (una ilusión), además pueden ocasionar males como la pobreza y la enfermedad. En todo caso, hay que procurar los placeres verdaderos, que son placeres del alma, los cuales se contemplan la razón y la filosofía.

La ignorancia hace errar sobre el placer verdadero, también hace que el hombre sea inferior así mismo al dejarse vencer por los placeres conduciendo a la inmoderación.

El alma inmoderada es mala e insensata. La moderación es un tipo de orden y control interior de los placeres que hace que el hombre obre con valentía, sensatez, piedad y justicia. Por tanto, un hombre moderado es bueno, justo, valiente y feliz.

Consecuencias de que el mal gobierne en el hombre

Entre el alma y el cuerpo uno debe mandar. Lo conveniente es que lo mejor, sabio, divino, justo e inteligente mande y lo ignorante obedezca, sea en un hombre o en una ciudad. Por naturaleza, el alma debe mandar sobre el cuerpo. Pero aquella en la que hay orden, pues es moderada y buena. Si es de este modo, el hombre (como la ciudad) será superior a sí mismo, dado que será guiado por la razón, en tanto que sus deseos serán moderados, si bien pocos hombres son así, pues la mejor parte del alma es más pequeña y menos numerosa.

Efectivamente, más fácil es que domine la peor parte, la cual es más salvaje y numerosa, sin embargo, este gobierno hace que el hombre sea inferior a sí mismo, inmoderado y esclavo de los placeres. En este sentido, el hombre más perverso es del alma tiranizada (esclava de sí misma), la cual produce la mayor desdicha, dado que está mal gobernada en su interior, implicando un sometimiento de lo divino (bueno) o la mejor parte, a lo abominable (malo) o la peor parte.

El alma con ciencia debe gobernar en el hombre

El alma que tenga ciencia conocerá el bien y el mal. Al estar gobernada por la ciencia, tendrá la mirada en lo alto -que es lo real, verdadero, sabio y puro- actuará en

conformidad con la virtud, como con las opiniones verdaderas, sensatas y certeras del placer y el dolor, además, dominará los placeres corporales y vencerá la ignorancia, por consiguiente al mal.

Ese camino a la ciencia, hacia lo alto, es el de la filosofía. Al contrario, el alma de los malos tiene la mirada hacia abajo, a lo sensible, aparente y cambiante, forzando el alma a servir al mal, pues es a lo que se asemeja.

El mayor mal se encuentra en el alma y produce el mayor daño

Carecer de ciencia es en realidad el mal verdadero, la ignorancia en el alma es su enfermedad. Es la ignorancia la que desencadena el mal en el hombre y en sus acciones. Por ende, un hombre malo es un ignorante e insensato. Además de la ignorancia, un alma es envilecida por la injusticia, la inmoderación y la cobardía, los cuales son los males, vicios o enfermedades del alma.

Lo feo es malo por ser doloroso o dañino. El mal en el alma ocasiona el mayor daño, por sobre la pobreza y la enfermedad, en tanto pervierte la mejor parte del hombre y a todo el hombre. Un alma mala es ignorante, injusta, insensata e inmoderada, por lo cual, para mejorarla conviene privarla de sus deseos.

Capítulo III: La injusticia es un mal del alma.

¿Cuál es la importancia de cometer injusticia?

No se debe cometer injusticia ante cualquier situación, por ser mala y vergonzosa para el que la comete, aún si se recibe algún mal. Cometer injusticias es el mayor mal, la mayor desgracia, es lo más deshonroso, equivale a tener un alma mala, fea, dañada o con dolor. Aun así, se precisa de fuerza y arte para no cometer injusticia.

Un injusto es tan insensato que daña lo más valioso de él, su alma, esto hace que viva mal y tenga una vida desdichada. Además, un injusto perjudica y vuelve peores a otros haciéndolos injustos. Aún más, si éste tuviera bienes como la salud, belleza física, fuerza, riqueza y tuviera un poder político sin medida, tendrá una vida vergonzosa y miserable en la que conviene acortar sus días.

La injusticia es un mal y enfermedad del alma, su cura, por medio de las leyes más bellas, busca que se llegue a odiar la injusticia, amar lo justo o no odiarlo. Sin

embargo, cuando un hombre es incurable de su injusticia es mejor que muera, porque conviene a la ciudad, sea para que radicalmente se elimine la maldad, evitando que corrompan a otros y dañen la ciudad o para ser de ejemplo para que otros no cometan injusticia.

El injusto es digno de compasión cuando tiene males curables, no así el injusto incurable, que se deberá condenar a muerte.

¿Por qué es atractivo cometer injusticias?

En base al mito del anillo mágico, se argumenta que la injusticia es tentadora por la codicia (que se persigue como un bien) y más cuando se tiene el poder (ej., político) de hacer lo que se quiere, pero los justos, si pudieran librarse y no fueran castigados por hacer injusticias, las cometerían, especialmente si tienen poder. De manera que los hombres que pueden cometer injusticias impunemente, no las cometerían, sólo por inspiración divina o por tener la ciencia.

La injusticia, la inmoderación y la maldad son fáciles de adquirir y agradables, al contrario, la justicia y la virtud, a pesar de ser bellas requieren de mayor esfuerzo.

¿Cuál es la consecuencia de la injusticia y cuál es su relación con la ignorancia?

El que elogia la injusticia por alguna conveniencia, utilidad o por el placer miente, pues ella produce infelicidad, discordias, odios, enemistades y disputas con otros, aun con uno mismo. Por lo cual la injusticia se comete por ignorancia. Los injustos son malos involuntariamente, pues son ignorantes y tienen una opinión falsa sobre el placer, el dolor y lo bueno. Nadie comete injusticias o se dirige al mal voluntariamente, sino involuntariamente por ignorancia, creyendo que es un bien. Además, nadie voluntariamente albergaría en su alma, que es su posesión más valiosa, el mal, que es lo más feo, dañino y vergonzoso.

El peor ignorante odia lo bueno y bello, en tanto que ama lo malo e injusto. Hacer que un ignorante descubra la verdad, que es lo más bello, es librarse del peor de los males, lo cual es mucho mejor que librarse de una enfermedad física, pues éste libraría su alma de la enfermedad, de la vergüenza y la maldad de la ignorancia, llegando a ser justo y bueno. Por tanto, es un gran bien librar el alma de la ignorancia, sea la propia o de cualquier otro.

La ignorancia es la causa de los errores relativos a la opinión verdadera. Esta ignorancia puede ser simple, porque causa errores menores, o doble, que es la que se presenta al tener la convicción de sabiduría o de que se tiene una opinión verdadera, no sabiendo que no sabe o que no es como cree. Ésta ignorancia camina de la mano con el amor exasperado de sí mismo, que enceguece el alma, al no permitir examinarse sin sesgos y también enceguecido por lo amado, juzga mal lo justo, bueno y bello, prefiriendo lo suyo por sobre lo verdadero.

Los beneficios de ser justo

El que elogia la justicia dice la verdad y está en la verdad en relación al placer, la utilidad y la conveniencia para el alma. La justicia es la virtud de los hombres, es sabiduría, produce amistad y no perjudica a otros, pues esa es la función del malo e injusto. Del mismo modo, lo bueno, bello, placentero y lo justo son inseparables, en conformidad con ello, el que vive la vida más placentera y justa es el más feliz.

Un hombre justo tiene un alma mejor, la cual es moderada, fuerte, valiente y sabia. El hombre busca vivir bien o tener la mejor vida, para ese propósito debe vivir en justicia y practicar las demás virtudes, porque un hombre no puede ser feliz sin llevar una vida de sabiduría bajo la justicia. La felicidad se adquiere por la justicia y la moderación. Así, un hombre justo que es bueno, siendo igualmente prudente, es bienaventurado, dichoso y feliz.

Este hombre feliz, prudente y justo, tomará las elecciones más convenientes en cuanto al placer y el dolor. Elegirá el placer que brinda la virtud del cuerpo y del alma, que se ciñe en lo más bello, sano, fuerte, inteligente y mejor. Lo cual proporciona placeres medidos.

El beneficio de castigar al injusto

El injusto es desgraciado y seguirá en esa condición si no recibe el castigo correspondiente, dado que continuará abrigando la mayor desgracia y mal dentro de sí, la injusticia. Pero aquel que es castigado por su injusticia es menos desgraciado y miserable, pues un castigo justo genera un sufrimiento que participa de lo bello, pues lo justo es bello. Lo cual hace apagar la parte bestial del alma y liberar la dulce, persuadiendo al hombre hacia la adquisición de moderación, justicia y sabiduría. Así

que un castigo justo puede librar o curar del mal el alma del injusto, para que encause su camino hacia lo bueno, la virtud y la felicidad.

Por tanto, el castigo de la injusticia es justo, bello y bueno. Consiguientemente generará en el injusto, lo justo, bello y bueno. Sin embargo, si un injusto comete grandes crímenes en contra de los dioses, sus padres o la ciudad, y a éste individuo se lo considera incurable, un juez ha de dictaminar la pena de muerte y así extirpar la maldad radicalmente.

Capítulo IV: La política, la ley y el mal.

¿Hacia qué debe apuntar un sistema político?

Un sistema político debe procurar la mejor vida, la más bella y feliz. Para ese fin, los ciudadanos deben buscar la virtud, estando las leyes acordes con ella. También deberán tener semejanza en los placeres. La política ha de ser siempre justa, encaminada a la igualdad que produce amistad. Si bien esta igualdad ha de ser acorde la naturaleza de cada uno, por ejemplo, mayores honras a los más virtuosos. El arte político debe tener un enfoque en el bien común sobre lo individual, dado que esto produce unión y lo particular desunión.

El orden político no debe apuntar a la guerra, pues la paz y la amistad son mejores. Por tanto, la legislación y el orden político deben apuntar a la virtud integral (justicia, prudencia, valentía e inteligencia), a que la ciudad sea libre, feliz y amiga de sí misma.

Un hombre con poder político ilimitado y un alma pequeña se inclinará al exceso e interés personal, desestimaré la moderación y se llenará de insolencia e injusticia. Su interés prioritario girará en buscar su conveniencia en cuanto al dolor y al placer, por sobre lo realmente justo y mejor. Entonces, alguien con ese poder político tenderá a buscar su conveniencia, así, la justicia para él será lo que considere más conveniente o útil para permanecer en el poder y no ser destruido. De esta manera, al producir en sí la oscuridad, la reflejará en la ciudad e incitará la injusticia para los gobernados, pues ese gobernante no permitirá que los ciudadanos sean buenos, ni ricos, ni fuertes, ni valientes, ni guerreros, por temor a ser quitado del poder.

En cualquier caso, es un mal para una ciudad que un hombre privado de razón gobierne. Lo más conveniente es que un hombre con educación, que posea la ciencia política y la experiencia de lo verdadero gobierne, es decir, un verdadero filósofo que pueda distinguir lo justo, que tenga inteligencia y prudencia para gobernar e instaurar las leyes más convenientes en función de la virtud integral de la ciudad. Aunque los justos son minoría, si estos dominan una ciudad, ella será buena y mejor.

El orden dentro del Estado

Como en el hombre viven los mismos caracteres y costumbres que se proyectan en el Estado, el Estado es un reflejo del alma. Un Estado que tenga como base la sabiduría, la valentía, la moderación y la justicia, será bueno, y ello será semejante al carácter de sus ciudadanos. Pero el desorden, la disputa interna y las intromisiones en el Estado, evidencian la injusticia, inmoderación, cobardía e ignorancia, que son males del Estado y del alma.

Las leyes y el mal

Las leyes deben ser las más bellas y mejores. Han de ser el mayor bien para la ciudad. Deben producir bien y no mal, como hacer que los hombres odien la injusticia y amen o no odien la justicia. Las leyes deben dirigirse a lo mejor, a alcanzar el mayor grado de felicidad de la ciudad y del individuo, lo cual implica que en esa ciudad lo más apreciado sea la virtud, por tanto se dirigen a que la ciudad sea libre, pacífica, prudente, moderada, inteligente y amiga de sí misma. Esas leyes consideran que el hombre bueno sirve mejor a la ley y las leyes sirven aprovechando al hombre bueno, al dirigirlo a poseer la virtud del alma, alegrar y ordenar su vida según la ley, constituida en función del bien, la razón, el orden y la justicia. Pero también otras leyes refrenan el mal, al castigar o persuadir a los hombres malos a desistir o ablandar su maldad.

Si en una ciudad se tienen leyes buenas, pero se tienen magistraturas ineptas, se originarán males. Por tanto, se deberán tener magistraturas, legisladores y guardianes de la ley que estén conformados por hombres buenos, justos y sabios. Los cuales son responsables de ser superiores en el conocimiento y práctica de la justicia, inteligencia, prudencia y valentía.

El legislador debe ser perfecto, conocedor de la ciencia política, tiene la preeminencia de dar consejos y la definición sobre las acciones bellas, justas y buenas. Legislará en función de la virtud integral, para que la ciudad llegue a ser feliz, inteligente, libre, moderada, prudente, justa, valiente y amiga de sí misma. Especialmente que sea inteligente, dado que es el primer bien que debe gobernar a los demás, tanto en la ciudad como en el alma, lo cual suprime la ignorancia.

La ley no debe estar dominada, sino ejercer dominio sobre los gobernantes. El peor enemigo de la ciudad violenta las leyes haciéndolas esclavas de él (o ellos), para someter a una ciudad. Si un hombre que ostenta un cargo importante y éste por cobardía no defiende su patria, éste es segundo en maldad. Además, cualquier hombre debe denunciar al que conspira contra el orden público.

Sin embargo, si un hombre divino que tiene la ciencia y la inteligencia alcanza el poder, éste sí puede gobernar sobre todas las cosas, aun sobre la ley porque nada es superior que la ciencia y la inteligencia, pero como esto es muy inusual, es mejor que gobiernen la ley y el orden, que es lo segundo mejor.

La ley y los infortunios

La parte irracional del alma es inconsolable, llena de quejas y lágrimas, más la racional es de carácter sabio y calmo. La razón y la ley reconocen que lo mejor es guardar la calma ante los infortunios, pues no está claro qué hay de bueno o malo en esos sucesos, por otro lado, los asuntos humanos no son dignos de gran inquietud. Así, la ley y la razón inducen al hombre a moderar su dolor ante las desgracias de la vida. Un hombre razonable tendrá un comportamiento calmado, siempre semejante a sí mismo. Haciendo que su alma se acostumbre a curarse rápidamente.

Los poetas y el mal

La poesía debe estar adherida a la verdad y a lo bueno, pues de no ser así, no se debe tomar en serio por no ser provechosa al alma ni al Estado, dado que alimenta la parte irracional del alma, que es irritable, cambiante, perezosa y amiga de la cobardía. A diferencia del carácter calmado del sabio. Entonces, como las artes imitativas despiertan y alimentan la peor parte del alma en detrimento de la racional, no se ha de permitir en un Estado bien legislado.

De manera que en un Estado en el que impere la ley y la razón, sólo se debe admitir la poesía que alabe lo bueno, lo bello y lo justo, e impedir que artesanos representen lo malicioso e indecente en cualquier producto artesanal, para que los ciudadanos no acumulen imágenes maliciosas en sus almas.

El poeta imitativo se congracia con la parte irritable del alma, que está distante de la verdad y puede dañar a los hombres de bien, implantando en el alma un mal gobierno, lleno de pasiones y deseos, haciendo ver como algo bueno lo que es malo y vergonzoso. En el caso de la imitación de un héroe, si él se lamenta exasperadamente por algún infortunio y hace que se produzca en el espectador conmiseración, esa escena alimenta los mismos padecimientos en su alma. En otro caso, en una comedia, el espectador se ríe por cosas vergonzosas y ridículas que le avergonzaría hacer o decir, pese a ello se alegra en vez de odiarlo.

Capítulo V: El cuerpo y la filosofía, lo bueno y la vida después de la muerte.

El cuerpo como un mal, la filosofía y el alma como un bien

El cuerpo necesita de muchos cuidados, se enferma y tiene pasiones, todo lo cual turba y confunde al alma, obstaculizándola para meditar y contemplar la verdad. Por tanto, el alma ha de meditar por sí misma, sin ningún sentido corporal, dirigiéndose a lo que es de su misma naturaleza y estando unida a lo inmutable, libre de perturbación, es así como ella medita. Pero al estar ligada al cuerpo por las pasiones, sólo puede examinar la realidad a oscuras, en ignorancia.

Si la filosofía gobierna al alma, la intentará liberar del engaño de los sentidos, la persuadirá a usarlos por estricta necesidad y a examinar en sí misma lo que es cada cosa. Como los filósofos no se centran en el cuerpo y sus placeres, sino en el alma, se esfuerzan en desprender su alma del vínculo con el cuerpo. Con la razón como guía, mantienen las pasiones en calma, contemplando continuamente lo verdadero y divino. De modo que filósofos se apartan, en cuanto les es posible, de las afecciones corporales. Al experimentar el alma las afecciones, sensaciones o males sensibles (ej., placeres, pasiones, tristezas y temores) y estimar que lo que siente es muy verdadero y real, cuando en realidad no lo es, viene a ser es el más grande de los males, pues

esto hace que el alma se encadene más al cuerpo, haciéndola corpórea y llevándola a tener las mismas opiniones del cuerpo, alegrándose con las mismas cosas y haciéndose semejante en sus inclinaciones. Todo esto afecta la forma en que llega al Hades, por estar manchada de lo corporal, privándola de la comunión con lo divino.

Para alcanzar la sabiduría se debe abandonar el mal del cuerpo, a fin de examinar los objetos reales en sí, lo cual es posible sólo después de la muerte, al liberarse el alma del cuerpo. Dado que con el cuerpo no es posible conocer nada en su pureza, que es lo verdadero, porque el cuerpo no es semejante a lo puro, no obstante, en vida se estará más cerca del saber, a medida que nos separemos del cuerpo.

El alma filosófica, dotada por naturaleza, surge pocas veces y posee cualidades superiores en cuanto a la facilidad para aprender, la memoria, la valentía y la grandeza de espíritu, pero se puede corromper por ciertos bienes sensibles y apartarla de la filosofía. Si esa alma es mal educada o mal criada se volverá peor que un alma mediocre, pues un alma de una naturaleza superior es más capaz de hacer los peores males.

Hacer lo bueno (bien) es ser semejante a la deidad

Lo bueno causa lo bueno más no lo malo. Dios es bueno y no es causa del mal, ni produce mal. Entonces, Dios no es causa de todo porque todo incluye lo malo. El que ha de ser amado por Dios ha de ser semejante a él y por ello el bueno, justo y virtuoso hace plegarias y ofrendas, dado que es bello y mejor, pero los dioses no reciben ofrendas del malo e impío.

El justo será amado por los dioses y el injusto no. Por tanto, todo lo que procede de ellos resulta del mejor modo, a menos que merezca un mal necesario por una falta anterior, quizá realizada en otra existencia. Un varón justo que practica la virtud, aunque tenga algún mal como la pobreza o una enfermedad, resultará en bien para él durante la vida o luego de la muerte, pues los dioses tienen cuidado de él.

Hacer lo bueno es un deber filosófico

El fin de todas las acciones debe ser el bien, todo en pos del bien. Sócrates siendo un modelo de lo que es ser justo, actuó en conformidad con la convicción de que su servicio filosófico era el mayor bien que él pudo aportar a su ciudad, dado que le fue

ordenado por la deidad, es decir, su servicio fue bueno, justo y piadoso. Ejerció su oficio y lo hubiese seguido haciendo a pesar de que pudieran encarcelarlo o matarlo por ello. De manera que en lo concerniente a las obras, lo principal es saber si son buenas o malas, justas o injustas. Pues cometer injusticias es verdaderamente malo y vergonzoso, similar a desobedecer al que es mejor, como a la deidad.

La labor filosófica de Sócrates, ese bien que procuró a los atenienses consistió en persuadir a los ciudadanos del cuidado de sus almas, a que desarrollasen la virtud de ella y buscar la sabiduría, con lo cual alcanzar la felicidad. Para Sócrates el mal que procuraron en su contra fue un mal mayor para los que lo acusaron y condenaron a muerte, pues fue una injusticia contra un hombre justo, y el que es justo y aspira el bien para sí y la ciudad, lo que sea que le ocurra es justo y bueno, pues los dioses no se desentienden de un hombre así.

Hacer el bien tiene beneficios aún después de la muerte

En la muerte el alma se separa del cuerpo. Sócrates creyó que para los buenos la muerte es mucho mejor, pues el alma irá a un mundo en el que se encontrará con dioses y hombres buenos. Creyó que la muerte para él iba a ser un bien, dado que la voz divina que había sido su guía no le advirtió, como lo había hecho anteriormente, cuando iba hacer un mal. Consideró a la muerte como un bien dado que o era una privación de todo sentimiento, como un sueño pacífico, o era un tránsito hacia el Hades, en dónde se hallan los jueces verdaderos y los semidioses, a los cuales interrogaría para distinguir a los sabios.

Cuando un alma se separa pura, es decir, que se ha concentrado en sí misma, adornado con lo propio de ella (ej., prudencia, justicia, libertad, valor y verdad), meditando siempre, esforzada en los placeres de la ciencia, renunciando a los placeres corporales, aprendiendo a morir y llega al Hades libre de todo lo corporal, allí en ese lugar hay semejanza a ella (ej., divino, inmortal y sabio). Allí gozará de la felicidad, apartada de los males humanos, vivirá eternamente con los dioses.

El mal tiene consecuencias negativas después de la muerte

El alma es inmortal y si ha tenido una vida justa estando en el cuerpo, tendrá con qué defenderse en el Hades ante los jueces verdaderos. El malvado, como el deseoso de

riquezas y pobre de espíritu que vive buscando satisfacer sus placeres físicos, no escucha éste tipo de razonamientos, más se burla de ellos.

En la muerte, siendo el alma visible, las almas malas, contaminadas, impuras, terrestres y deformadas por su trato excesivo con el cuerpo (ej., priorizando sus deseos y placeres), apreciando sólo lo corpóreo y odiando lo aprehensible sólo por el entendimiento y la filosofía, el juez puede ver su injusticia en su apariencia, deformadas, torcidas, con cicatrices y desorden, por tanto las enviará a sufrir los castigos correspondientes. Si bien algunas permanecerán errantes en cementerios como fantasmas. Otras, por su anhelo corporal quedan de nuevo unidas a un cuerpo animal que sea semejante a las costumbres de su primera vida. Otras más virtuosas, pero que no se han apoyado en la filosofía y la razón, entran en cuerpos de animales pacíficos y dulces (ej., abejas, hormigas), aunque también pueden entrar en cuerpos humanos. Solo aquellas que han salido puras, que han filosofado y se distanciaron de las pasiones corporales, acceden a la naturaleza de los dioses.

Las almas de los que cometieron los mayores crímenes, como la de los tiranos, reyes, príncipes y los gobernantes, que no haya ido posible su curación por el castigo, su castigo eterno servirá como ejemplo en el Hades a los espectadores, como advertencia a otros culpables que llegan allá. Por tanto, cometer injusticias es terrible, especialmente cuando llega al Hades y particularmente en la cárcel del castigo y expiación que se llama Tártaro. Así que si en la muerte hubiese destrucción del alma y no castigo para los malos, sería una suerte liberarse del cuerpo y de su maldad.

Capítulo VI: La educación contra el mal.

¿Hacia qué debe apuntar la educación?

La educación es el bien más importante que los hombres pueden adquirir. Las mayores maldades o delitos provienen de una naturaleza fuerte que ha sido corrompida por una mala educación, pues una naturaleza débil no hace nada grande, sea malo o bueno. De manera que la educación puede modificar el estado de las almas, pero no su naturaleza.

La educación desde niño debe dirigirse a la virtud. Ésta educación busca que lleguen a ser buenos, a producir los cuerpos y las almas más bellas y mejores. En la educación de los niños se debe inculcar correctamente lo que se debe amar y odiar, aunque aún no lo comprendan con la razón. Es una virtud temprana, que enfatiza la práctica o costumbre, pero al ser adultos podrán alcanzar la virtud integral, es decir, la comprensión de lo que se debe amar y odiar junto a la práctica de la virtud.

¿De qué debe ocuparse la educación?

Todos tienen que recibir formación pública obligatoria. Las materias que se deben cursar, tanto mujeres y hombres, han de brindar preparación para la guerra y formación intelectual. Primeramente se dará música como educación para el alma y gimnasia como educación del cuerpo. Pero ambas artes implementadas armónicamente cuidan del alma, la hacen valiente y el deseosa del saber.

La música promueve el buen estado del alma, por medio de ritmos, armonías y melodías propias de una vida ordenada, promueven la moderación y valentía. La gimnasia implica ejercicios físicos para la guerra, y la danza promueve el buen estado corporal y la salud.

El que ha recibido una buena educación ha de ser capaz de cantar y bailar bien, pero sólo tienen que ser temas bellos. Por ello, no sólo la música ha de brindar placer, sino que debe ser la música más bella. Si bien el placer es común en todo tipo de música, la que deleita al virtuoso y educado en el arte musical es la más apropiada y bella, de manera que este juicio corresponde a aquel que ha sido educado en virtud y en el arte musical. Dado que es lo que se asemeja a la conducta de hombres prudentes, valientes y buenos.

Otra materia debe ser la aritmética, que con su exactitud favorece en la organización del ejército para la guerra y al orden en los hogares, también para hacer a los ciudadanos rápidos, listos, memoriosos y para asistir al alma para alcanzar la verdad. Junto a la aritmética está la astronomía, que proporciona los conocimientos de los astros, siendo un conocimiento bello.

La educación temprana como simulacro hacia el bien

Se ha considerado que el comienzo es la mitad de toda obra y lo más importante. Un buen comienzo en la educación de los niños es importante para afianzar el modelo y carácter deseado. Por medio del juego tendrían experiencias similares a lo deseado y también se ejercitan los placeres y deseos. De esta manera los niños llegarían a ser hombres buenos y vencerían en las guerras. Pues todos los ciudadanos deben prepararse en asuntos relacionados con la guerra, por si se presenta alguna.

El trato educativo de los jóvenes no ha de ser extremo; ni un trato blando que genere jóvenes irascibles por pequeños asuntos, ni un trato salvaje y de sometimiento total que los haga temerosos, serviles y odiar a los hombres. La vida correcta ha de ser apacible, la cual es proporcionada por el justo medio; no persiguiendo los placeres, sino dominándolos, ni huyendo de los dolores. Esto se inculca desde temprano, por medio de cuentos y canciones que elogien la vida piadosa y el dominio de los placeres, como la más feliz, en cambio, la vida desenfrenada y subyugada por los placeres como la más infeliz.

De 3 a 6 años los juegos son herramientas para experimentar, sin riesgos, situaciones en las que se deban preparar. Los castigos han de ser los justos, sin humillar, con el fin de corregir hacia lo bueno. A los 6 años se separan por sexos, los varones hacen ejercicios concernientes a la guerra y las muchachas deben al menos completar la instrucción, sobre todo de lucha con armas. A partir de los 10 años deben dedicar al menos 3 años para aprender a leer y escribir. A los 13 años comenzar a tocar la lira, por al menos 3 años.

Por medio de la educación se ejercitan y se vencen los temores

En el alma se debe educar la valentía ante temores y la vergüenza ante hacer el mal. La primera se hace enfrentándose sin grandes peligros a temores y a la cobardía, honrando al valiente y castigando al cobarde, también ejercitándose en la lucha de los propios placeres y deseos que impulsan a la injusticia, con la ayuda de la palabra y el arte, en juegos y en actividades serias. La segunda es por medio del ejercicio del pudor, temiendo decir, sufrir y hacer cosas vergonzosas en situaciones en las cuales

las emociones o los placeres de la carne nos intenten dominar, por ejemplo, en la ira, la cobardía y el amor.

Bdigital.ula.ve

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Platón (1986). *Diálogos IV: República*. Madrid, España: Editorial Gredos, S.A.
- Platón (1981). *Diálogos I: Apología. Critón. Eutifrón. Ion. Lisis. Cármides. Hippias menor. Hippias mayor. Laques. Protágoras*. Madrid, España: Editorial Gredos, S.A.
- Platón (1992). *Diálogos II: Gorgias. Menéxeno. Eutidemo. Menon. Crátilo*. Madrid, España: Editorial Gredos, S.A.
- Platón (1986). *Diálogos III: Fedón. Banquete. Fedro*. Madrid, España: Editorial Gredos, S.A.
- Platón (1999). *Diálogos IX: Leyes (libros VII-XII)*. Madrid, España: Editorial Gredos, S.A.
- Platón (1999). *Diálogos VIII: Leyes (libros I-VI)*. Madrid, España: Editorial Gredos, S.A.
- Platón (1992). *Diálogos V: Parménides. Teeteto. Sofista. Político*. Madrid, España: Editorial Gredos, S.A.
- Platón (2002). *Diálogos VI: Dudosos Apócrifos y Cartas*. Madrid, España: Editorial Gredos, S.A.